

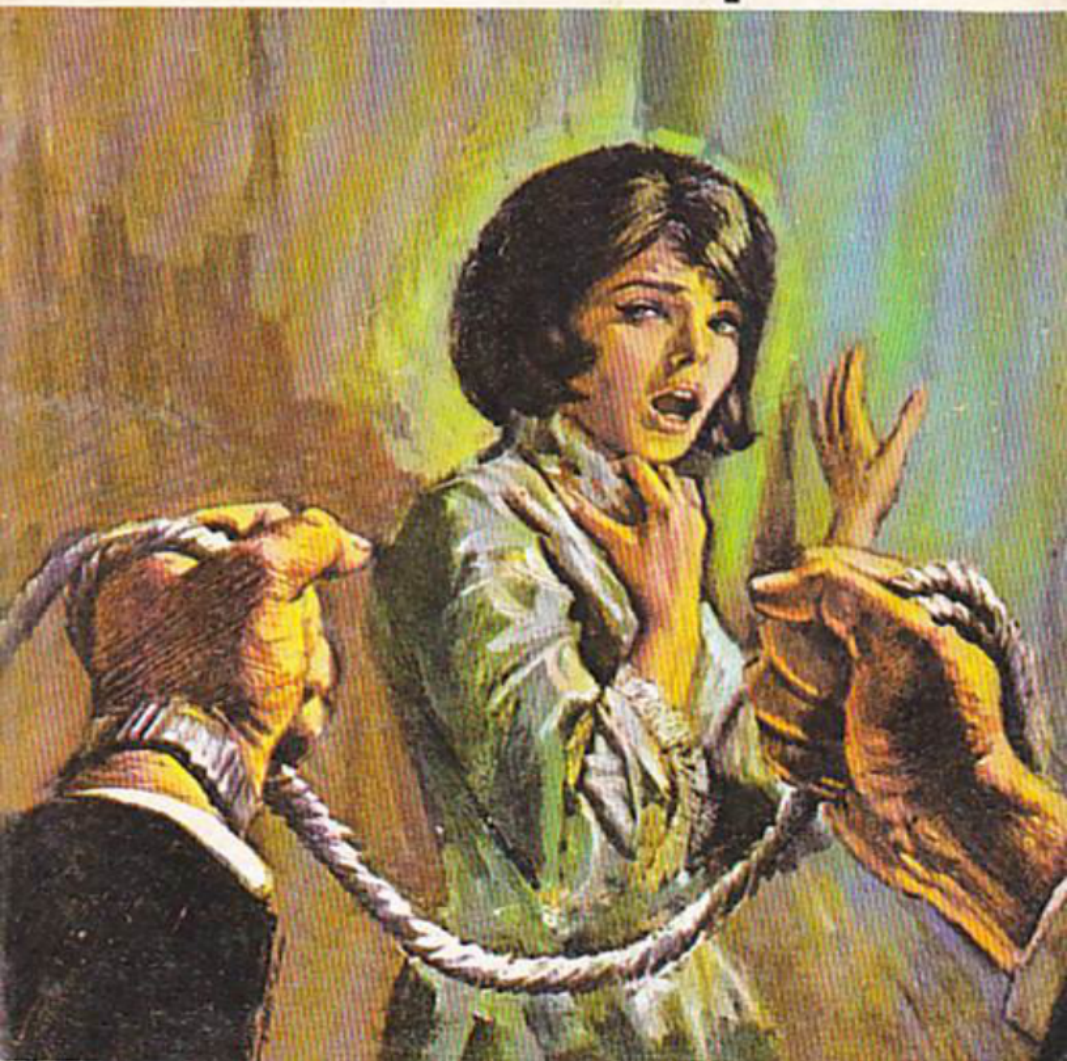
BRUGUERA

BOLSILIBROS

POLICIACO

LA CHICA DEL ROYAL CLUB

Joseph Berna



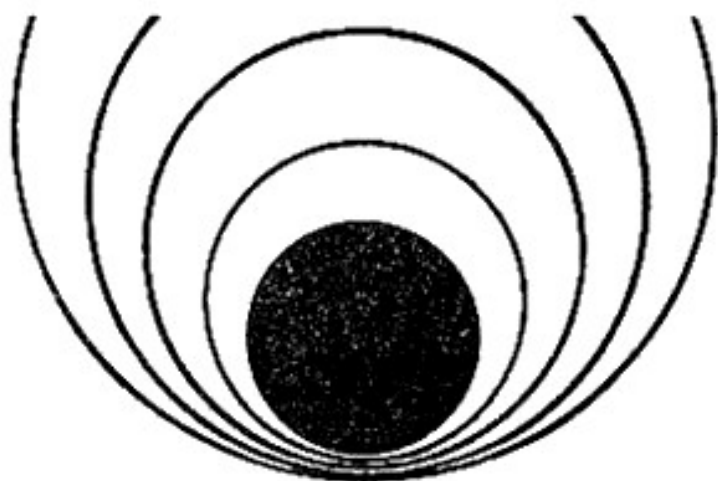
LA CHICA DEL ROYAL CLUB

JOSEPH BERNA



Colección
PUNTO ROJO n.º 1.153
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES — CARACAS -
MEXICO



PUNTO ROJO



ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.766 — La espía que me odiaba.

En Colección KANSAS:

1.325 — El gigante de Kentucky.

En Colección COLORADO:

841 — Un osado californiano.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

693 — Un marido del Este.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

631 — El regreso de Tomy Ralston.

En Colección PUNTO ROJO:

1.150 — El asesino de Morgan Street.

En Colección CALIFORNIA:

1.413 — El rey del póquer.

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.886 — Naipes, puñetazos y tiros.

ISBN 84 02 02520-X

Depósito legal: B. 28.310-1984

Impreso en España Printed in Spain

1ª edición en España: agosto. 1984

1ª edición en América: febrero. 1985

© Joseph Berna — 1984 texto

© Fabá — 1984 cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de

EDITORIAL BRUGUERA. S. A.

Camps y Fabrés. 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de

Editorial Bruguera, S. A.

Parets del Vallés (N-152. Km 21,650)

Barcelona 1984

CAPÍTULO PRIMERO

FRANCIS Colman estacionó su coche, un Lancia verde oscuro, frente al 806 de Whitmore Avenue, el edificio en donde vivía, ubicado en la zona oeste de Los Angeles.

Paró el motor y apagó las luces, pero no salió del vehículo. Con las manos apoyadas en el volante, cerró los ojos y echó ligeramente la cabeza hacia atrás.

Dudaba entre subir a su apartamento o poner nuevamente el coche en marcha y alejarse de allí. Podía pasar la noche en cualquier otro sitio, evitándose así el tener que discutir con Dorothy, su mujer, con la que desde hacía algún tiempo no se llevaba nada bien.

Lo estuvo meditando durante casi cinco minutos. Finalmente, decidió lo primero y salió del coche, con un portafolios en la mano derecha.

Colman era un tipo bastante alto, más bien delgado, pero fuerte. Tenía treinta y siete años de edad, el pelo negro y rizado, y las facciones agradables.

Entró en el edificio, se introdujo en el ascensor, y pulsó el botón de la tercera planta. Su apartamento, amplio y moderno, era el 12-B.

Cuando penetró en él, vio que la puerta del dormitorio estaba entornada y que la luz permanecía encendida. Dejó el portafolios en un sillón y fue hacia allí.

Francis empujó la puerta suavemente y asomó la cabeza, descubriendo a su mujer en la cama, recostada sobre el cabezal, con un cigarrillo en la mano derecha y una copa en la izquierda.

Dorothy tenía treinta años de edad, el cabello rojizo, un rostro atractivo, y una bonita figura. De esto último no podía existir la menor duda, ya que lucía un atrevido camión de tul que permitía vislumbrarlo todo.

Era tan corto, además, que no llegaba a cubrir el breve slip color lila, deliberadamente desajustado, para que la visión resultara aún más excitante.

Pero Francis no se excitó lo más mínimo, porque para él, actualmente, su mujer no tenía ningún atractivo. Fumaba y bebía demasiado; el exceso de alcohol le enturbiaba la mirada y la hacía hablar con voz poco clara. También le nublabla la razón y la obligaba a decir muchas tonterías.

A decirlas... y a hacerlas, que aún era peor.

Aquella noche, por lo visto, Dorothy había fumado y bebido todavía más que de costumbre. La habitación estaba llena de humo y el aire apeataba a alcohol.

Sobre la mesilla de noche, se veía una botella de whisky, prácticamente vacía. También un cenicero, repleto de colillas.

Dorothy movió la cabeza y descubrió a su marido.

—Hola, Francis... —saludó sonriendo—, ¿Por qué asomas solamente la cabeza? ¿Tienes miedo de entrar?

Colman no respondió, pero acabó de abrir la puerta y miró duramente a su mujer, que tenía los ojos más enrojecidos y brillantes que nunca, y la voz muy estrepitosa, pruebas inequívocas de que había ingerido una cantidad exagerada de alcohol.

Ella dejó el cigarrillo en el cenicero y la copa sobre la mesilla, invitando:

—Vamos, pasa, querido. Te estaba esperando, ¿sabes? Tengo unas ganas locas de hacer el amor contigo.

Colman no se movió.

Su mujer le tendió los brazos.

—Ven, cariño, no me hagas esperar más...

—Estás borracha.

—Sólo un poco alegre, Francis —corrigió riendo.

—¿Un poco alegre? ¡Estás como una cuba!

—No es verdad.

—Me das asco, Dorothy.

—¿Asco...?

—Sí, me repugnas cuando te veo así, farfullando y apestando a whisky. ¡No te tocaría ni aunque me ofrecieran un millón de dólares!

Dorothy se enfureció.

—¡Marica! ¡Cornudo! ¡Impotente!

—¡Cierra la boca, borracha!

—Lo estoy menos de lo que tú crees, bastardo.

—¡Cállate o te haré callar yo a bofetadas! —amenazó Colman, entrando en el dormitorio.

—¡Tú te llevarás más que yo como lo intentes! —replicó su mujer, que ya no se hallaba recostada, sino de rodillas en el centro de la cama.

—¡No me provoques, Dorothy!

—¿Sabes lo que te pasa a ti, Francis? Que eres afeminado. No te gustan las mujeres. ¡Por eso no quieres tocarme! ¡Ahora te gustan los hombres!

—¡El alcohol te ha vuelto loca, pero yo te haré entrar en razón a

guantazos! —rugió Colman, colérico, y se abalanzó sobre su esposa.

Dorothy lo recibió a zarpazo limpio, pero no pudo evitar que Francis le propinara un buen par de bofetadas y la dejara tendida. A pesar de ello, siguió insultándole:

—¡Cobarde! ¡Hijo de perra! ¡Maricón de playa!

Colman, ciego de ira, le aferró el cuello y comenzó a apretar.

—¡Yo cerraré tu apestosa boca, zorra borracha!

Dorothy intentó arrancarse de la garganta las manos de su marido, pero éste era mucho más fuerte que ella. Sus fuerzas, además, estaban mermadas por el exceso de whisky ingerido, así que Francis podía estrangular la, si se lo proponía.

Y todo parecía indicar que eso era lo que quería.

Pero no.

Francis Colman supo controlarse y dejó de apretar el cuello de su esposa.

—Debería matarte por todo lo que me has llamado, pero como sé que la culpa la tiene el alcohol, después tendría remordimientos —masculló—. ¡Pero haré otra cosa contigo!

Dorothy estaba tosiendo con fuerza, por lo que no pudo lanzar más insultos. Tampoco pudo gritar cuando Francis la levantó con brusquedad y se la echó al hombro.

El reducido slip de ella se había deslizado un poco más y el trasero de Dorothy estaba prácticamente al descubierto. Francis se dio cuenta de ello y no tuvo inconveniente en darle unos cuantos azotes, mientras la llevaba al baño.

—Esto es muy bueno para la tos —advirtió con ironía.

Dorothy siguió tosiendo, claro.

Con la mitad superior de su cuerpo colgando sobre la espalda de su marido, era muy difícil que se le pasara el fuerte golpe de tos provocado por el apretón del gazo.

Colman la metió en el baño. La puso debajo de la ducha e hizo girar la llave del agua fría.

—Esto es aún mejor para la tos, querida —comentó, burlón—, ¡Y para las borracheras, por supuesto!

Dorothy lo mandó al infierno, pero con el pensamiento, porque seguía sin poder hablar. No obstante, intentó escapar de la ducha, pero Francis no se lo permitió y el agua fría siguió cayendo sobre ella.

El fino camisón de tul se le había adherido totalmente al cuerpo, al mojarse, y el slip lila lo tenía casi a la altura de las rodillas.

Vamos, que era como si no llevara nada encima.

Por fin, Dorothy pudo recuperar el habla y comenzó a gritar y a llamarle de todo a Francis, pero no sirvió de nada, así que cambió de táctica y sustituyó los insultos por las súplicas.

- Basta, por favor.
- Vaya, parece que ya te vas despejando.
- Déjame salir, Francis, te lo ruego.
- Cuando te hayas despejado del todo.
- Ya no estoy borracha, ¡te lo juro!
- Lo siento, pero no opino igual.
- ¡Me voy a ahogar, Francis!
- Nadie se ahoga debajo de una ducha.
- ¡Te lo suplico, Francis!
- ¡No! Seguirás un poco más.

Dorothy se dejó caer al suelo y rompió en sollozos, para ver si eso ablandaba a su marido.

- ¡Dios mío, qué desgraciada soy!
- Yo también soy desgraciado. ¡Y por culpa tuya!
- Dejaré de beber, ¡te lo prometo!
- Eso no te lo crees ni tú.
- Esta vez va en serio, Francis.

Colman se dijo que ya era suficiente y cerró la llave de la ducha, lo que supuso un gran alivio para Dorothy.

—Sé que no dejarás de empinar el codo, porque te gusta demasiado —rezongó Colman, y salió del baño.

- ¡Francis! —le llamó Dorothy.
- ¡Me marchó!

—¡No, por favor! ¡No me dejes ahora, Francis! ¡Te necesito! —gritó Dorothy, levantándose y saliendo tras él, chorreando.

- Tú sólo necesitas tabaco y whisky.
- No es cierto. Necesito tu amor, Francis. ¡Te quiero!
- ¡Mentira!

—¡No te vayas, Francis, por Dios! —suplicó Dorothy, desde la puerta del dormitorio.

Colman, que ya había tomado su portafolios, no hizo caso y abandonó el apartamento.

Dorothy golpeó el marco de la puerta con rabia, al ver que sus súplicas no habían servido para retener a Francis. Se calmó pronto, sin embargo, y regresó al baño, para secarse.

Se despojó del camisón, que era lo único que conservaba, y atrapó la toalla. Cuando acabó de secarse, salió del baño, completamente desnuda, y se echó en la cama.

Miró la copa que dejara sobre la mesilla de noche, que aún contenía whisky, y sólo resistió la tentación de cogerla diez segundos escasos.

Se la llevaba ya a los labios, cuando oyó pasos:

Al volver la cabeza y ver quién era, sonrió sensualmente y dijo:
—Estaba segura de que volverías, cariño.

Capítulo II

MATT Barrows, de treinta años de edad, pelo oscuro y facciones varoniles, entró en su oficina con un par de periódicos debajo del brazo. Superaba el metro ochenta de estatura, poseía una constitución atlética, y vestía un traje gris.

Antes de sentarse en su sillón y ponerse a hojear los periódicos, subió la persiana y abrió la ventana. La mañana era clara y soleada, y la oficina del detective privado se llenó de luz.

Se sentó, se aflojó el nudo de la corbata, y abrió el primero de los periódicos. Mientras leía las noticias más interesantes, que no eran muchas, extrajo sus cigarrillos, se puso uno en los labios, y le aplicó la llama de su encendedor de gas.

Le había dado sólo un par de chupadas, cuando llamaron a la puerta, cuya mitad superior era de cristal translúcido; esto permitió al detective vislumbrar la silueta de la persona que había hecho sonar el timbre.

Era un hombre.

Y un cliente, seguramente.

Matt se alegró, porque no llevaba ningún caso entre manos y estaba deseando que alguien requiriera sus servicios. Guardó los periódicos en uno de los cajones de su mesa, se levantó, volvió a ajustarse el nudo de la corbata y abrió.

El tipo que aguardaba, un perfecto desconocido para el detective, preguntó:

—¿Matt Barrows...?

—Si.

—Me llamo Francis Colman y necesito un buen detective privado.

—Ya lo ha encontrado —sonrió Matt—. Pase usted, señor Colman.

—Gracias.

Francis, visiblemente nervioso, ocupó la silla que el detective tenía delante de su mesa. Matt volvió a sentarse en su sillón, observó al cliente y comentó:

—Parece usted nervioso, señor Colman.

—Lo estoy —reconoció Francis.

—¿Cuál es el motivo?

—Mi esposa.

—¿Qué le ocurre a su esposa?

—La encontré muerta esta mañana.

Matt no pudo reprimir un respingo.

—¿Muerta, dice...?

—Sí, en la cama. Completamente desnuda.

—¿El corazón, tal vez...?

—No, la garganta.

—¿Garganta?

—Alguien se la apretó más de la cuenta.

—¿Quiere decir que...?

—La estrangularon.

Hubo un silencio.

Después, Matt preguntó:

—¿Tiene idea de quién pudo...?

—No, pero la policía sí la tendrá, en cuanto haga las primeras averiguaciones.

—Explíquese, señor Colman.

—Me culparán a mí, señor Barrows.

Matt respingó de nuevo.

—¿A usted...?

—Seguro.

—¿Por qué?

—Hay varias razones. La primera, que Dorothy y yo no nos llevábamos bien. Discutíamos casi a diario. Dorothy bebía mucho, demasiado, y era raro encontrarla serena. Nuestras discusiones eran cada vez más violentas y nos insultábamos mutuamente. La de anoche, fue la más violenta de todas.

—Cuénteme lo que pasó, señor Colman.

Francis se lo refirió todo, sin omitir detalle.

Matt, impresionado, murmuró:

—¿De veras abofeteó e intentó usted estrangular a su esposa?

—Sí —asintió Francis—. Perdí el control de mí mismo durante algunos segundos, pero lo recuperé a tiempo y retiré mis manos de su cuello.

—Ya.

—Le estoy diciendo la verdad, señor Barrows. Yo no estrangulé a Dorothy. Cuando dejé el apartamento, ella estaba perfectamente. Muy mojada, por lo de la ducha, pero viva.

—Claro.

—¿No me cree usted?

—Oh, sí.

—¿Seguro?

—Verá, pienso que de ser culpable, no hubiera venido usted a

contratarme. ¿Para qué...? No tendría sentido.

—Exacto. Si yo hubiera asesinado a mi esposa, ahora estaría a muchas millas de Los Angeles.

—Naturalmente.

—La policía, sin embargo, no me creerá. Si les cuento lo que le he contado a usted, me encerrarán en una celda y empezarán a investigar. Y el resultado de la investigación será funesto para mí, porque no encontrarán más culpable que yo. Los vecinos confirmarán que Dorothy y yo discutíamos continuamente. Los gritos de anoche debieron oírlos perfectamente. Sus declaraciones me condenarán. Y también la mía, así que no pienso acudir a la policía.

—¿No...?

—Me ocultaré en algún lugar mientras usted intenta descubrir al verdadero asesino. Y nadie, ni siquiera usted, sabrá dónde. Yo le llamaré cada noche para conocer la marcha de la investigación. Y cuando descubra quién estranguló a Dorothy, lo atraparé y lo entregará a la policía. ¿Está de acuerdo, señor Barrows?

—La policía le buscará, señor Colman.

—Pero no me encontrará.

—Al ocultarse, le creerán culpable.

—Y si no me oculto, también. Ya le he explicado por qué.

—No sé si su modo de proceder es el mejor, señor Colman.

—No se preocupe por eso. Lo que tiene que hacer es encontrar pronto al tipo que asesinó a mi esposa.

—¿Y por dónde empiezo? —preguntó Matt—, Porque usted, señor Colman, no me ha contado nada de su esposa. Sólo me ha dicho que se emborrachaba, pero no por qué.

—La respuesta es muy simple: porque le gustaba empinar el codo.

—¿No tenía ninguna razón para hacerlo?

—En absoluto. Era joven, guapa, poseía un cuerpo magnífico...

—¿Sabe si se lo ofrecía a alguien más, aparte de usted?

—¿Quiere decir si tenía algún amante?

—Sí, a eso me refiero.

Francis se encogió de hombros.

—Si lo tenía, no estoy enterado.

—¿Qué piensa usted, señor Colman?

—Sinceramente, creo que Dorothy no tenía amante alguno. Sólo se entregaba al alcohol.

—¿Y usted...?

—¿Qué?

—¿Engañó alguna vez a su esposa?

—Jamás.

—¿Ni siquiera últimamente, cuando ya se llevaban mal y no tenía usted contacto sexual con ella?

—Nunca.

Matt lanzó un suspiro.

—Está bien, vamos —dijo, poniéndose en pie.

—¿Adónde? —preguntó Francis, levantándose también.

—Quiero echar un vistazo a su apartamento, antes de que llegue la policía —respondió el detective.

Capítulo III

FRANCIS Colman no hizo ningún comentario, pero, una vez en la calle, decidió:

—Vaya usted solo, señor Barrows.

—¿Solo...? —exclamó Matt.

—No quiero volver por mi apartamento hasta que todo se haya aclarado.

—Pero...

—Vivo en el 806 de Whitmore Avenue, apartamento número 12 B. Aquí tiene la llave.

Matt dudó en cogerla.

—Señor Colman, no creo que...

Francis le puso la llave en la mano.

—Haga lo que le digo, Barrows. Yo no debo aparecer por allí.

—Está bien.

—Le llamaré esta noche. A su casa.

—De acuerdo.

—Suerte, Barrows. Y ya sabe que confío en usted.

—Procuraré no defraudarle.

—Gracias.

Matt se introdujo en su coche, un Ford castaño, y partió en dirección a Whitmore Avenue. No le gustaba ir solo al apartamento de Francis Colman, pero comprendía el temor de éste a ser detenido por la policía.

Por el camino, el detective pensó en todo lo que le había contado su cliente. A pesar de lo que dijera en su oficina, no estaba totalmente convencido de la inocencia de Colman.

Podía haber asesinado a su esposa y dejar alguna pista falsa que le condujese a otro hombre, para que éste cargase con el crimen. Eso justificaría que no huyera de Los Angeles y la contratación de un detective privado.

Matt, no obstante, se inclinaba más a creer en la inocencia de Francis Colman que en su culpabilidad, aunque sólo el curso de la investigación diría si él había matado a su esposa o lo había hecho otro hombre y por qué.

Matt Barrows estaba introduciendo ya la llave en la cerradura del apartamento de Francis Colman. La hizo girar y empujó la puerta con suavidad.

El apartamento, como ya esperaba el detective, estaba silencioso y en el ambiente parecía flotar la sombra invisible del crimen que allí se había cometido.

Fue hacia el dormitorio, cuya puerta permanecía entreabierta.

La luz seguía encendida.

El detective abrió la puerta un poco más y penetró en la habitación, descubriendo inmediatamente el cadáver de Dorothy Colman. Yacía en la cama, enteramente desnuda, con una expresión horrible en su cara.

Los ojos, extremadamente abiertos, parecían a punto de saltar de sus cuencas. La boca, igualmente abierta, estaba torcida, deformada. Las manos, rígidas, parecían arañar con sus uñas la sábana, muy revuelta.

Matt se acercó, con el estómago encogido, porque el espectáculo era realmente estremecedor. El cuerpo de Dorothy Colman estaba muy blanco, como consecuencia del número de horas que llevaba muerta.

Era evidente que el crimen se había cometido la noche pasada.

Y era evidente, también, que Dorothy Colman había sido estrangulada. Las marcas que ofrecía su cuello no podían ser más claras. Habían sido causadas por los fuertes pulgares del asesino.

Tras observar detenidamente el cuerpo rígido y frío de Dorothy Colman, llegó a la conclusión de que, antes de ser estrangulada, la esposa de Francis había hecho el amor con el tipo que luego la asesinó.

Y no parecía una violación.

Nada hacía pensar que Dorothy Colman había sido forzada, sino más bien que ella se había entregado voluntariamente al acto sexual, ya que su cuerpo no ofrecía, de cuello para abajo, la menor señal de violencia.

La violencia vino después, tras la unión íntima, coincidiendo seguramente con los últimos jadeos de Dorothy Colman. El asesino le aferró el cuello y...

Ella no se lo esperaba, claro.

Y quizá tuviera los ojos cerrados cuando el tipo le atenazó la garganta y comenzó a apretar.

Matt, luego de pensar todo esto, llegó a una segunda conclusión. Que Dorothy Colman conocía al hombre que la estranguló y deseaba hacer el amor con él.

¿Era Francis, su marido...?

¿Tenía un amante?

Lo segundo parecía más probable. Después de marcharse Francis, llegó el tipo que mantenía relaciones íntimas con Dorothy, gozó de ella, y después la mató.

¿Por qué...?

Ya se encargaría Matt de averiguarlo, si lograba descubrir la identidad del tipo. Y esto último no iba ser fácil, ya que Francis Colman había asegurado no saber si su esposa tenía algún amante. De haber sospechado que le engañaba con alguien, la tarea sería mucho más sencilla.

Empezó a buscar por el dormitorio, confiando en hallar alguna pista, por pequeña que fuera, que le sirviera para arrancar la investigación.

Revisó también el baño.

El atrevido camisón de Dorothy Colman seguía tirado en el suelo, lo mismo que el breve slip lila. Y la toalla no estaba en su sitio, demostrando que había sido usada por ella para secarse el cuerpo tras la ducha obligada.

Todo ello confirmaba la versión de Francis Colman.

Matt no encontró ninguna pista en el baño y volvió al dormitorio, escrutándolo todo de nuevo. De pronto, sus ojos detectaron algo debajo de la mesilla de noche.

El detective se agachó y cogió lo que acababa de descubrir.

Eran cerillas de propaganda, ofrecidas por lo visto a los clientes del Royal Club, ya que éste era el nombre que rezaba en el cartón que protegía los fósforos.

—Royal Club... —murmuró.

Le sonaba el local, aunque no había estado nunca en él.

Era un club nocturno.

Y sería cuestión de visitarlo, porque las cerillas se le habían podido caer al asesino. También podían ser de Dorothy Colman, claro, aunque parecía menos probable, ya que, sobre la mesilla de noche, se veía un paquete de cigarrillos y un encendedor de gas, junto a la botella de whisky, casi vacía, y la copa.

Los cigarrillos y el encendedor eran de Dorothy, así que las cerillas debían pertenecer al tipo que la estranguló después de haberla poseído.

Al inspeccionar los fósforos, Matt descubrió un número escrito en el cartón que hacía de tapa.

—Esto es un número de teléfono... —adivinó.

Y se alegró, claro.

Podía decirse que eran dos pistas en una.

Matt guardó las cerillas y decidió abandonar el apartamento. Antes, sin embargo, cogió una foto de Dorothy Colman y se la metió

en el bolsillo.

La iba a necesitar, para mostrarla en el Royal Club.

Echó una última mirada a la infortunada Dorothy y salió del dormitorio. Justo en ese momento, la puerta se abrió y varios hombres irrumpían en el apartamento.

¡Era la policía!

* * *

El teniente Kuter, con sus casi dos metros de altura y sus cien kilos de peso, se detuvo en seco al descubrir al detective privado saliendo del dormitorio.

—¿Qué diablos haces tú aquí, Barrows?

—Vine a echar un vistazo, teniente.

—¿Al muerto?

—A la muerta.

—¿Es una mujer la víctima?

—¿No lo sabía usted, teniente Kuter?

—Yo sólo sabía que aquí se había cometido un crimen.

—¿Quién se lo dijo?

—Alguien me llamó por teléfono.

—Un hombre, ¿verdad?

—Sí, era una voz masculina.

—Y el tipo no dijo su nombre.

—No, no se identificó.

—Era el asesino, teniente.

—¿Cómo lo sabes, Barrows?

—Sólo dos personas sabían que Dorothy Colman había sido asesinada. El tipo que la mató... y el que la encontró muerta esta mañana, que fue Francis Colman, el marido de la víctima. Vino a verme a la oficina y me contrató para descubrir al hombre que anoche estranguló a su esposa.

El teniente Kuter entrecerró un ojo.

—¿Y por qué no denunció Francis Colman el crimen?

—Teme que ustedes le acusen de haber asesinado a su mujer, porque no se llevaba bien con ella.

—El que teme, algo debe.

Matt movió la cabeza.

—Colman no mató a su esposa, teniente. Hubiera huido, de haber sido así.

—Ya veremos —gruñó Kuter—, Voy a echar una ojeada al cadáver. Y tú espera aquí, ¿eh, Barrows? —ordenó apuntándole con el

dedo.

—Sí, teniente —suspiró el detective.

Capítulo IV

MATT Barrows, sentado en el sofá del living, había encendido un cigarrillo. Mientras aguardaba a que el teniente Kuter saliera del dormitorio, pensó de nuevo en Francis Colman.

¿Habría llamado él a la policía?

El hecho de que no hubiera querido acompañarle, le hacía sospechar, aunque...

¿Qué ganaba Colman avisando a la policía?

En su opinión, nada.

Si acaso, que supieran que había contratado los servicios de un detective privado para que descubriera y atrapara al asesino de su esposa.

Era una forma de parecer inocente, desde luego.

Sin embargo, Matt prefería pensar que la llamada anónima la había realizado el tipo que estrangulara a Dorothy Colman, para movilizar a la policía.

Seguramente, el asesino sabía que la policía sospecharía de Francis Colman y deseaba que lo atraparan pronto, lo encarcelaran y lo condenaran por el crimen que él había cometido.

De esa manera, el tipo podría sentirse tranquilo y seguro.

Sí, esa segunda hipótesis era más lógica y tenía más base que la primera, en opinión de Matt, así que descartó casi totalmente la culpabilidad de Colman.

Estaba apurando ya el cigarrillo cuando vio salir al teniente Kuter del dormitorio. El policía fue directamente hacia él, con el ceño fruncido.

—¿Dónde está, Barrows?

—¿Quién?

—Francis Colman.

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes?

—Es la verdad.

—Es tu cliente, Barrows. Tienes que saber dónde encontrarle.

El aludido meneó la cabeza.

—No me dijo dónde pensaba ocultarse. Cuando quiera ponerse en contacto conmigo, me telefoneará. Es todo lo que puedo decirle, teniente Kuter.

—¡No te creo, Barrows!

—¿Cuándo le he mentado yo a usted, teniente?

—¡Muchas veces!

Matt tosió ligeramente.

—Reconozco que alguna vez le he ocultado algo, pero...

Kuter le apuntó con el índice.

—Tengo que hablar con Colman, Barrows. ¡Quiero interrogarle!

—Se lo haré saber cuándo me llame.

—¡No puedo esperar!

—Entonces, que sus hombres le busquen. Yo no puedo hacer nada, teniente.

—¡Maldita sea!

—¿Puedo marcharme ya, teniente? —inquirió levantándose.

—¡Sí, pero al infierno!

—No me gustan los sitios calurosos —repuso el detective, sonriendo con ironía. Y abandonó el apartamento.

* * *

Desde una cabina telefónica, Matt Barrows marcó el número que estaba escrito en la parte interior del cartón que servía de tapa a las cerillas de propaganda ofrecidas por el Royal Club.

La señal de llamada estuvo sonando casi un minuto. Por fin, alguien tomó el auricular y se dejó oír.

—Diga.

Era una mujer.

Y, por el tono de voz, parecía joven.

—¿Susana? —preguntó Matt, por decir algo.

—¿Cómo?

—¿No eres Susana, esta chica que está tan sana?

—Yo también estoy sana, pero no me llamo Susana.

—¿Cómo te llamas tú?

—¿Y a usted qué le importa?

—No te enfades, mujer. Era simple curiosidad.

—No me gustan los tipos curiosos.

—Perdona, no quería molestarte.

—Pues lo ha hecho, porque me ha despertado con su estúpida llamada.

—¿Estabas dormida, todavía...?

—Sí.

—Te acuestas tarde, ¿eh?

—Cuando me sale de las narices.

—Qué suerte la tuya.
 —¿Cuelga usted o cuelgo yo?
 —Yo lo haré. Pero antes dime tu nombre.
 —¿Para qué?
 —Me gustaría saber con quién he hablado.
 —A mí, no.
 —De todos modos, te lo diré. Me llamo Matt.
 —Adiós, Matt.
 —Adiós, Helen.
 —No me llamo Helen.
 —Adiós, Claudia.
 —¡Tampoco me llamo Claudia!
 —¿Doris, tal vez...?
 —¡Me llamo Paula!
 —¡Por fin!
 —¿Me dejará tranquila, ahora que sabe mi nombre?
 —Desde luego.
 —¡Menos mal!
 —Si me das tu dirección, te mandaré un ramo de flores, Paula.
 —¿Flores?
 —Las más bonitas que encuentre.
 —¿Y por qué tiene usted que mandarme flores?
 —Para que se te pase el enfado.
 —Se me pasará igual, no se preocupe.
 —Insisto en el ramo.
 —Usted insiste en todo.
 —Soy muy tenaz.
 —Muy pesado, eso es lo que es.
 —¿Dijiste Fulton Street...?
 —¡Yo no he dicho nada!
 —Espera y tomo nota.
 —¿De qué?
 —De tu dirección.
 —¡No se la pienso dar!
 —¿Y qué hago con las flores?
 —¡Cómaselas! —respondió la chica, y colgó el teléfono.
 Matt colgó también y sonrió.
 —Conseguiré tu dirección de todos modos, preciosa.

Paula Seymour, la chica que había hablado con Matt Barrows, fue hacia el baño en cuanto colgó el auricular, lo cual, por cierto, hizo muy bruscamente.

El detective privado había logrado irritarla de verdad.

Paula, que contaba veinticuatro años de edad, era una muchacha alta y bien formada. Tenía el pelo castaño, los ojos negros, brillantes y profundos, y los labios carnosos, rojos y apetecibles.

Entró en el cuarto de baño, se despojó de la bata y, como era lo único que llevaba, se puso debajo de la ducha. Soltó el agua y atrapó la pastilla de jabón.

Diez minutos después, salía de la ducha, se secaba el cuerpo con la toalla, se enfundaba de nuevo en la bata y dejaba el baño, trasladándose a la cocina, para prepararse el desayuno.

Estaba de mejor humor que cuando terminó de hablar con Matt Barrows, aunque todavía no había olvidado algunas de las cosas que éste le dijera.

Se preparó el desayuno y empezó a dar buena cuenta de él.

Casi estaba terminando cuando sonó el timbre del apartamento.

Paula se levantó, cerró la bata un poco mejor, porque enseñaba demasiado, y acudió a abrir.

Lo primero que vio, cuando abrió la puerta, fue un precioso ramo de flores. Después, las flores bajaron un poco y dejaron ver la cara del hombre que las traía.

—Hola, Paula —dijo el tipo con una agradable sonrisa.

La joven, aunque ya lo adivinaba, preguntó:

—¿Quién es usted?

—Matt.

—El tipo que llamó por teléfono.

—Exacto.

—¿Cómo supo dónde vivía?

—Llamé a la Compañía Telefónica y pregunté a quién pertenecía el número que yo tenía anotado. Me dieron tu nombre y dirección —explicó el detective.

Paula volvió a sentirse furiosa.

—¿Cómo se atrevió a...?

—Quería conocerte personalmente. Y traerte las flores que te prometí.

—¡Le dije que se las comiera!

—Por favor, acéptalas. Y acepta también mis disculpas por haberte despertado con mi llamada telefónica. De haber sabido que dormías, no habría llamado. Claro que yo pensaba que llamaba a Susana...

—La chica sana.

—Esa.

—¿Es una conquista suya, la tal Susana?

—Bueno, yo no me atrevería a llamarlo así... Conocí a la chica, me gustó, le pedí su número de teléfono, y ella me lo apuntó aquí, en el cartón de estas cerillas.

—Matt las sacó del bolsillo—, Pero, evidentemente, se equivocó y apuntó mal el número, porque éste es el tuyo y no el de ella.

Paula cogió los fósforos y comprobó que, efectiva mente, el número anotado en la parte interior del cartón que servía de tapa era el suyo.

—Esas cerillas las dan en el Royal Club... —murmuró.

—¿Cómo lo sabes?

—Yo trabajo en ese local.

—¿De veras...?

—Sí, canto y bailo.

—¡Eres artista!

—Así es.

—Ahora comprendo por qué te acuestas tarde, Paula.

La joven le devolvió los fósforos.

—Lamento que la sana Susana le apuntara mal el número, Matt, porque se ha quedado usted sin conquista.

—Yo no me lamento en absoluto, pues, gracias a su equivocación, he podido conocerte a ti.

Paula sonrió ligeramente.

—Eso suena a piropo.

—Lo es. Y muy sincero, te lo aseguro.

—Muchas gracias, pues.

—Ya no estás enfadada, ¿verdad? —preguntó el detective.

—Menos que antes.

—Entonces, acepta las flores.

—De acuerdo.

—Esta noche acudiré al Royal Club.

—¿Para verme actuar?

—Naturalmente.

—Espero que le guste mi forma de cantar y bailar.

—Me encantará, estoy seguro.

—Bien, hasta la noche, pues.

—Desearía que oscureciera ya.

—Todo llegará —sonrió Paula—, Adiós, Matt. Y gracias por las flores. Son preciosas.

—Tú aún lo eres más —repuso el detective. Y se marchó,

despidiéndose con el gesto.

Capítulo V

PAULA Seymour vivía en Linnart Street.

En el número 388, exactamente.

Matt Barrows había estacionado su Ford frente al edificio, pero, como pensaba vigilar el portal, lo puso en marcha y lo alejó unos veinte metros.

Desde allí podía vigilar igualmente la entrada del edificio y ver si Paula Seymour salía de él. Si salía, la seguiría y sabría adónde iba.

Ella tenía que conocer al asesino de Dorothy Colman, pues era su número de teléfono el que aparecía en el cartón de las cerillas que ofrecía el Royal Club.

Además, Paula trabajaba en ese local.

¿Qué clase de relación tendría con el tipo que la noche pasada estrangulara a la esposa de Francis Colman?

Sea cual fuere, Matt esperaba que Paula le condujera hasta él.

El detective se puso cómodo y encendió un cigarrillo.

Paula podía pasar horas allí.

O no salir... hasta llegado el momento de trasladar se al Royal Club para actuar.

La espera podía ser larga y aburrida.

Pero no.

Fue corta y entretenida.

La causa fue un Dodge azul, cuyo conductor, al pasar junto al Ford del detective privado, mostró una pistola automática provista de silenciador.

Por fortuna, Matt vio el arma a tiempo y se tumbó velozmente en el asiento, lo que le permitió esquivar las dos balas que le envió el tipo que iba al volante del Dodge.

El individuo, cuya cara no pudo ver el detective, pisó el acelerador a fondo tras su fallido atentado y se alejó como un rayo.

Matt se irguió, puso el coche en marcha y se lanzó en persecución del tipo que había intentado asesinarle.

El Dodge azul había cobrado una buena ventaja, pero el detective estaba dispuesto a darle alcance y conducía con el pie clavado en el acelerador.

Tenía que atrapar al tipo y saber por qué lo había querido mandar al más allá.

¿Para qué no pudiera continuar la investigación?

Seguramente.

Podía tratarse, incluso, del fulano que estrangulara a Dorothy Colman.

¿Le habría seguido hasta el domicilio de Paula Seymour?

¿Le habría avisado ella telefónicamente?

Lo primero parecía más probable que lo segundo, ya que había pasado muy poco tiempo desde que él se despidiera de Paula hasta el momento del atentado.

Pensaba en todo esto mientras conducía con extraordinaria pericia, salvando todos los obstáculos que el exceso de velocidad ponía a su paso.

Lo malo era que el tipo del Dodge también los sorteaba demostrando ser otro experto conductor. Mantenía la velocidad y casi la misma ventaja con que contara cuando el Ford del detective se lanzó en su persecución.

Matt había ganado sólo unos metros, pero, al menos, no perdía de vista el coche azul. Y mientras viese por dónde iba, mantendría las esperanzas.

El Dodge dejó las calles y se dirigió a un cementerio de automóviles. Matt adivinó la intención del tipo y maldijo entre dientes, porque si se metía entre los cientos de vehículos destinados a la chatarra, seguramente se le despistaría y se quedaría con las ganas de atrapar al fulano que intentó balearle.

El detective hizo todo lo posible por alcanzarle antes de que se introdujera en aquel cementerio, pero no lo consiguió. El automóvil de su agresor se metió por entre los vehículos en desuso y se perdió momentáneamente de vista.

El Ford se introdujo también en el cementerio de coches.

Por allí, lógicamente, no se podía circular a tanta velocidad, porque los espacios eran cortos y estrechos. Había que realizar virajes continuamente, para no estrellarse contra los vehículos inservibles que se apilaban por todos lados.

De pronto, Matt vio el Dodge azul.

Estaba detenido en un lugar que no tenía salida, con la portezuela del conductor abierta, lo que daba a entender que el tipo había abandonado el vehículo para ocultarse entre los coches viejos.

O había huido a pie.

Matt detuvo también su Ford, extrajo su revólver, un 38 de cañón corto, y salió cautelosamente del vehículo. Mirando en todas direcciones, se acercó al Dodge y comprobó que, efectivamente, había sido abandonado por el tipo que lo pilotara.

De repente, oyó un ruido a sus espaldas.

Matt giró como un rayo, esperando encontrar al individuo que le disparara, pero se encontró con tres. Afortunadamente, no esgrimían arma alguna.

El detective los abarcó con su arma.

—¿Dónde está? —preguntó.

—¿Quién?

—El tipo que iba en ese coche.

—No hemos visto a nadie.

—¿Seguro?

—¿Por qué íbamos a mentir?

—Se me ocurren varias razones. La primera, que uno de vosotros es el tipo que persigo.

El fulano del centro, que era el que respondía a las preguntas del detective, movió la testa.

—Se equivoca, amigo. Ninguno de nosotros ha sido perseguido por nadie.

—Yo no soy vuestro amigo, pero quizá lo sea el tipo que intentó escabecharme.

—¿Con qué lo intentó?

—Con una pistola.

—El tipo no es amigo nuestro, pero lamento que fallara.

—¿Ah, si...?

—Me cae usted mal.

—¿Por qué?

—No ha dejado de apuntarnos con su arma desde que nos vio.

—Es que no me fio de vosotros. Tenéis una pinta de angelitos...

—No llevamos armas. Y quien apunta con una pistola a alguien que está desarmado es que no tiene nada entre las piernas.

—Yo tengo lo que hay que tener —replicó Matt.

—Demuéstrelo.

Matt se guardó el revólver y dijo:

—Demostrado.

El tipo que llevaba la voz cantante esbozó una sonrisa.

—Ahora nos toca a nosotros demostrar que también tenemos lo que tienen los hombres —manifestó, y se arrojó sobre el detective.

Matt, que se esperaba algo así, dio un veloz salto hacia su izquierda y el individuo se estrelló contra el coche azul con gran violencia.

—Me parece que no estás muy bien de la vista, compañero —advirtió el detective, con guasa.

El tipo, que había caído al suelo tras rebotar en la carrocería del Dodge, rugió:

—¡A él...! ¡Adelante!

Sus compañeros se lanzaron sobre el detective privado, los dos a la vez. Matt estrelló el puño en la cara de uno de ellos y lo tumbó espectacularmente, mas no pudo evitar que el otro le diera un puñetazo en el pómulo.

Matt dio un paso atrás, pero sin perder el equilibrio.

Quien acababa de golpearle soltó el otro puño, pero esta vez sólo encontró el vacío, porque el detective ladeó la cabeza a tiempo y los nudillos de su rival no llegaron ni a rozarle la oreja.

Matt replicó con rapidez y dureza.

Zurdazo al hígado, gancho de derecha y trallazo al mentón.

El tipo, naturalmente, rodó por el suelo como una pelota.

Los otros dos ya se habían puesto en pie.

—¡Te vamos a romper todos los huesos, bastardo! —ladró el que se estrellara contra el Dodge, y saltó sobre el detective.

La sonrisa, sin embargo, le duró poco, porque el otro individuo le atizó en la mandíbula y lo mandó al suelo.

—¡Ya es nuestro! —gritó el fulano y se arrojó sobre él.

Matt lo recibió con los pies y lo volteó por encima de su cuerpo de forma espectacular, ya que lo hizo volar como un pájaro.

El tipo chilló al ver que iba a estrellarse contra un coche viejo, pero nada ni nadie pudo evitarlo y acabó metiendo su cabeza y parte del cuerpo por una de las ventanillas.

Y allí quedó encajado.

—¡Que alguien me saque de aquí...! —pidió agitando las piernas.

Matt ya estaba en pie.

El fulano al que tumbara de tres puñetazos seguidos se había incorporado también, aunque se veía que estaba medio aturdido. Intentó golpear al detective, pero lo hizo torpemente y a éste le fue muy sencillo burlar el puño y cascarle con los suyos.

Su antagonista se derrumbó de nuevo y quedó inmóvil, porque había perdido el conocimiento.

El que recibiera el golpe en las piernas, antes de propinarse el terrible morrón, quiso ponerse en pie, pero le fallaron las extremidades inferiores y volvió a derrumbarse.

—¡Maldito hijo de perra! —relinchó.

—¡Hombre, el miope! —exclamó Matt, burlón—. Toma, a ver si con esto mejora tu vista —añadió disparando la pierna.

Aquel fulano recibió el patadón en la quijada y se durmió en el acto.

Matt volvió la mirada hacia el tipo que permanecía encajado en la ventanilla del coche viejo, pataleando y pidiendo que le sacaran de allí.

—Yo te ayudaré, chico —dijo, y fue hacia él.

Capítulo VI

MATT Barrows llevaba un puro en el bolsillo interior de su chaqueta.

Lo extrajo, se lo puso en la boca y le prendió fuego.

—Verás qué efectivo es esto, muchacho —anunció, y aplicó el cigarro a la nalga zurda del tipo.

La brasa perforó el pantalón, el slip y...

—¡Aúuuuu....!

El individuo, además de aullar como un lobo pillado en un cepo, pataleó con mucha más fuerza que antes, lo que le ayudó a desencajarse de la ventanilla.

Barrows rió, mientras el tipo caía al suelo y se agarraba el trasero.

—¿No te dije que era efectivo?

—¡Váyase a la mier...!

El detective soltó la pierna y le incrustó la punta del zapato en las costillas.

—Cuidado con la lengua, amigo. Puedo patearte las mandíbulas y hacer que te la pilles con los dientes —advirtió.

El fulano le llamó de todo, pero con los ojos.

No se atrevía a insultarle de palabra.

Matt le dio una larga chupada al puro, expulsó el humo, y preguntó:

—¿Es verdad que no conocéis al tipo que conducía ese Dodge?

—Sí, claro que es verdad —masculló el individuo.

—¿Y que no visteis por dónde se largó?

—No, no lo vimos. Sólo le vimos a usted.

—¿Por qué me atacasteis?

—No nos gustó que nos amenazara con una pistola.

—Ya la había guardado, cuando os lanzasteis sobre mí, así que tu respuesta no me convence.

—Es la verdad.

—¿Qué hacíais en este lugar?

—Matar el tiempo.

—Os dedicáis al robo y al pillaje, ¿no?

—Hay que comer.

—Los que trabajan comen todos los días.

—Nosotros no tenemos trabajo.

—Apuesto a que tampoco lo buscáis.

—No es fácil encontrarlo.

—Confiesa que no os gusta doblar el espinazo.

El tipo no respondió.

Matt echó una mirada a su alrededor.

Todo estaba tranquilo y silencioso.

El fulano que intentara balearle debía de estar ya muy lejos.

Y si había dejado abandonado el Dodge, es que no debía de ser suyo. Lo habría robado, seguramente, así que de poco serviría tomar nota del número de matrícula.

De todos modos, el detective lo hizo.

Después, se despidió del tipo que seguía consciente.

—Que no sea nada lo de la nalga, hermano.

—Al diablo —rezongó el individuo, sin retirar la mano de su posadera zurda.

Matt desgranó una risita, se introdujo en su coche y se largó.

* * *

Paula Seymour se encontraba en su dormitorio, eligiendo la ropa que pensaba ponerse aquella mañana, cuando oyó sonar el timbre de su apartamento.

Dejó la prenda que tenía en las manos y acudió a abrir, cerrándose bien la bata por el camino. Cuando tiró de la puerta, vio que era otra vez el hombre que la obsequiara con el hermoso ramo de flores.

—Matt... —murmuró.

—Hola, Paula.

—¿Qué te ha pasado en la cara?

—¿Qué tengo? —preguntó el detective, llevándose la mano al rostro.

—Un moretón en la barbilla y otro en el pómulo.

—Oh, sí... Me dieron un par de puñetazos.

—¿Quién? ¿Y por qué?

—Te lo explicaré si me permites entrar.

La chica del Royal Club se miró.

—No voy vestida, Matt...

—Soy de fiar, no temas.

—Está bien, pasa.

—Gracias. Y tutéame, por favor.

—De acuerdo.

Pasaron al living y se sentaron en el sofá.

—Cuéntame lo que te pasó, Matt.

—Empezaré por el principio. Por lo del atentado.

Paula Seymour respingó.

—¿Atentado...?

—Alguien me disparó cuando salí de este edificio. Con una pistola provista de silenciador. Afortunadamente, le vi exhibir el arma a tiempo y pude esquivar el par de balas que me envió.

—¿Quién fue?

—No pude verle la cara, pero parece ser que el tipo me siguió hasta aquí y le molestó muchísimo que te regalara un ramo de flores.

—¿Qué...?

—Sí, sospecho que el tipo te conoce, Paula.

—¡No es posible!

—¿Por qué?

—¡Porque no! ¿Cómo iba alguien a querer matarte sólo porque me hubieras ofrecido un ramo de flores?

—Si el tipo está enamorado de ti y es celoso...

—¡Nadie está enamorado de mí!

—Ahora soy yo quien dice que no es posible.

—¿Por qué?

—Con esa cara tan preciosa y ese cuerpo tan completo...

Paula reprimió una sonrisa.

—No es momento para piropos, Matt. Han intentado matarte, y eso es muy serio.

—Desde luego.

—Cuéntame lo de los golpes.

—Bueno, perseguí al tipo que me disparó, para ver si lograba atraparlo y...

Matt le refirió lo sucedido en el cementerio de coches.

Paula, asombrada, exclamó:

—¿De veras pudiste con los tres?

—Sí. No tuve grandes problemas para reducirlos.

—Debes pelear muy bien.

—Es necesario en una profesión como la mía.

—¿A qué te dedicas?

—Soy detective privado.

—¡Atiza! —exclamó Paula, claramente sorprendida.

—No lo sospechabas, ¿eh? —sonrió Matt.

—Desde luego que no. Pero siendo detective privado, ya tiene algún sentido que intentaran eliminarte.

—¿Tú crees?

—No fue porque me hubieras obsequiado con un ramo de flores, Matt, sino porque debes llevar entre manos algún caso y hay alguien interesado en que no sigas adelante con tu investigación.

El detective sonrió de nuevo.

—Lo has adivinado, Paula.

—¿Qué estás investigando, Matt?

—La muerte de Dorothy Colman, una mujer casada, joven y guapa. Te enseñaré su fotografía.

Matt la sacó del bolsillo y se la mostró.

—¿La conoces, Paula?

—No.

—Pero sí conoces al hombre que la asesinó anoche.

—¿Yo...?

—El tipo perdió esto en el dormitorio de la víctima —reveló el detective, sacando de nuevo las cerillas de propaganda ofrecidas por el Royal Club.

Paula se quedó mirándolo fijamente.

—Lo de Susana, la chica sana, era un cuento, ¿eh?

—Algo tenía que decir, para justificar mi llamada —carraspeó Matt.

—Me has tomado el pelo.

—Por favor, no te enfades.

—¿Que no...?

—Forma parte de mi trabajo, compréndelo. Estas cerillas son la única pista que dejó el asesino. Vi que había un número de teléfono apuntado y tenía que llamar, para averiguar a quién correspondía.

—Pues bien, ya lo sabes. Ahora, lárgate.

—Necesito saber más cosas, Paula.

—Yo no puedo aclararte nada.

—Claro que puedes. Basta con que me digas a quién diste tu número de teléfono.

—A nadie.

—Te lo ruego, Paula.

—Es la verdad. No le he dado mi número de teléfono a persona alguna. El tipo que perdió eso, debió averiguarlo por su cuenta.

—¿Seguro que no tratas de encubrirle?

—Yo jamás encubriría a un asesino.

—Creo que eres sincera.

—Totalmente. Y ahora, desaparece de mi vista.

—¿Me echas?

—Sí.

—Podemos ser amigos, Paula.

—Lo dudo mucho.

De pronto, Matt la besó en los labios.

Paula, furiosa, le dio una bofetada.

El detective ni siquiera pestañeó.

—Conque eres de fiar, ¿eh? —masculló la chica del Royal Club.

—Lo soy, aunque tú no lo creas —respondió Matt, levantándose y abandonando el apartamento.

Capítulo VII

PAULA Seymour siguió sentada en el sofá, con la mirada perdida.

Ya no estaba furiosa, pero sí preocupada.

De pronto, alargó la mano y cogió el teléfono. Marcó un número que se sabía de memoria, pero la llamada no fue atendida, por lo que se vio obligada a colgar el auricular.

Se levantó y fue hacia el dormitorio, para vestirse, lo cual hizo con mucha ligereza. Había elegido una falda blanca, abierta por delante, y una moderna blusa, tan fina que era necesario llevar sujetador, a menos que se deseara exhibir descaradamente los senos, porque se podía ver a través de ella igual que a través de una mosquitera.

Y ella no tenía ganas de exhibir los suyos. Totalmente, al menos, porque en parte los exhibía, ya que el sujetador era bastante reducido.

Cogió el bolso y salió de la habitación con paso rápido, abandonando el apartamento. Su coche, un Chrysler color crema, estaba estacionado en la calle.

Paula se introdujo en él, puso el motor en marcha, y lo hizo arrancar, cobrando rápidamente velocidad. Era una buena conductora y manejaba el volante con seguridad.

Unos quince minutos después, detenía el coche en Fairmount Avenue, a la altura del número 520. Tomó su bolso, salió del Chrysler y se introdujo en el edificio.

Utilizó el ascensor para subir a la sexta planta y pulsó el timbre del apartamento 22-C. Tuvo que esperar casi dos minutos. Después, la puerta se entreabrió y un tipo se dejó ver.

Era joven, moreno, bien parecido.

—Paula... —murmuró.

—Hola, Nick.

—¿Cómo tú por aquí...?

—Tengo que hablar contigo.

—Cuando quieres hacerlo, sueles utilizar el teléfono.

—Te llamé, pero no contestabas.

—Si que estaba.

—¿Y por qué no cogiste el teléfono?

—No lo oí sonar. Tu llamada debió pillarme en la ducha.

—Qué casualidad.

El tipo sonrió.

—Anda, pasa.

Paula penetró en el apartamento, con el semblante serio.

El llamado Nick cerró la puerta, apoyó la espalda en ella y se cruzó de brazos.

—¿De qué quieres hablarme, Paula?

—¿Conoces a una mujer llamada Dorothy Colman?

El tipo tardó unos segundos en responder.

—No me suena el nombre.

—Es casada. Y tú sientes predilección por las mujeres casadas. Especialmente si son jóvenes y atractivas.

Nick sonrió de nuevo.

—Las mujeres casadas tienen más experiencia que las solteras.

—No siempre. De todos modos, tú no las prefieres por eso.

—¿No...?

—Te gusta ponerles los cuernos a los maridos. Y luego, chantajear a las esposas.

—¡Eh! ¿De qué demonios hablas? —exclamó el tipo, descruzando los brazos y separándose de la puerta.

—Lo sabes perfectamente, Nick.

—¡Yo no chantajeo a nadie!

—¿De qué vives, entonces...? Porque lo que es trabajar... No has dado golpe en tu vida.

—¡Te voy a dar unos cuantos a ti, como sigas hablándome así! —amenazó el sujeto.

Paula, aunque lo creía muy capaz, no se hizo atrás ni denotó temor alguno.

—Dorothy Colman fue asesinada anoche, Nick. Y, en su dormitorio, apareció algo que se supone perdió el hombre que la mató. ¿Quieres saber lo que es?

—Sí, siento curiosidad.

—Cerillas. De las que ofrece el Royal Club a sus clientes.

—Eso no quiere decir que la matara un cliente del Royal Club.

—Hay más, Nick.

—¿De veras?

—En la parte interior del cartón que cubre las cerillas había un número anotado. Un número de teléfono. ¿Y sabes qué teléfono suena cuando se marca ese número?

—No.

—¡El mío!

—¿Qué...?

—Tú eres muy desmemoriado, Nick. Tienes que consultar un número de teléfono antes de marcarlo. Incluso el mío.

El gesto del tipo se tornó amenazante.

—¿Estás insinuando que yo asesiné a esa tal Dorothy Colman?

—Yo no digo que tú la mataras, Nick. Pero creo que conocías a la víctima, que mantenías relaciones amorosas con ella, y que anoche estuviste en su casa.

El le dio una bofetada y la hizo caer.

Paula, desde el suelo, gritó:

—¡Eres un cobarde, Nick!

—Yo no conocía a Dorothy Colman. No tenía relaciones amorosas con ella. ¡Jamás estuve en su casa!

—¿Y las cerillas, con mi número de teléfono anotado?

—¡No son mías!

—¡Mientes!

—¡A mí nadie me llama embustero! —ladró el fula no, y se arrojó sobre la muchacha para seguir golpeándola.

Paula chilló.

Por suerte para ella, la puerta se abrió de golpe y Matt Barrows entró en el apartamento.

—¡Suéltala, cobarde! —ordenó.

* * *

Paula Seymour no supo si celebrar o lamentar la aparición, totalmente inesperada, del detective privado. Por el momento, sin embargo, sirvió para que Nick dejara de golpearla, se irguiera con prontitud e hiciera frente a Matt Barrows.

Nick fue el primero en soltar el puño, pero el detective esquivó el golpe y respondió con un trallazo a la mandíbula, enviando al suelo a su rival.

Paula ya se estaba levantando.

Matt la tomó del brazo y la ayudó.

—¿Estás bien, Paula?

—Sí.

Matt no pudo seguir hablando con ella, porque Nick se había incorporado y volvía a la carga, furioso.

—¡Maldito hijo de...!

—No metamos a nuestros familiares en esto —le interrumpió el detective, coceándole de nuevo la mandíbula, ahora con el puño izquierdo.

En esta ocasión, Nick no llegó a caer.

Peor para él, porque Matt le incrustó la derecha en el estómago y lo obligó a doblarse como un garrote. Después, lo enderezó con un fenomenal gancho de izquierda. Y, cuando se disponía a mandarlo nuevamente al suelo, con un preciso golpe de derecha, el tipo levantó la pierna y llegó con su pie al bajo vientre del detective.

El golpe fue tan doloroso, que Matt lanzó un grito terrible y se vino abajo, quedando encogido en el suelo, sin fuerzas para levantarse y continuar la pelea.

Capítulo VIII

NICK no sabía si el detective privado tardaría poco o mucho en levantarse. Lo que sí sabía era que Matt Barrows peleaba mucho mejor que él, así que optó por darse a la fuga.

Matt no pudo impedirse.

Paula Seymour tampoco lo intentó, claro. En el fondo, se alegraba de que Nick no hubiera sido atrapado por el detective. Y había faltado muy poco para que eso sucediera.

De no haber sido por el golpe sucio de Nick...

Paula se arrodilló junto al detective y le puso la mano en el hombro.

—Matt...

—¿Qué?

—Lo siento.

—Tu amigo es un marrano, Paula.

—Lo sé.

—Si no llego a seguirte...

—Por eso apareciste tan oportunamente, ¿eh?

—Claro.

—No debiste seguirme.

—¿Me reprochas que te librara de ese puerco?

—No me hubiera pasado nada.

—¿Que no...? Te estaba golpeando cuando yo entré —recordó el detective.

—Porque estaba furioso.

—¡Es una rata cobarde!

—Le di motivos para que se enfureciera, te lo aseguro.

—Le acusaste de haber asesinado a Dorothy Colman, ¿eh?

—No, porque sé que él no la mató.

—¿Estás segura?

—Sí.

Matt trató de incorporarse.

—Deja que te ayude —dijo Paula agarrándolo del brazo.

—Estoy bien.

—No puedes estarlo, después de lo que Nick te hizo.

—Le devolveré el golpe cuando lo pille.

—Siéntate y descansa un poco.

Se dejó llevar por Paula y se sentaron los dos en el sofá.

—¿Por qué mentiste? —preguntó el detective mirándola a los ojos.

—¿A qué te refieres?

—Tú sabías quién había perdido las cerillas del Royal Club en el dormitorio de Dorothy Colman, y por qué figuraba tu número de teléfono anotado en el cartón.

Paula se mordió los labios.

—No estaba segura. Matt.

—Las perdió tu amigo Nick.

—Él lo niega.

—¿Has tenido relaciones íntimas con él?

—¿Con Nick...?

—Sí.

La muchacha sonrió de forma extraña.

—Hubiera estado muy feo, Matt.

—¿Por qué?

—Nick es mi hermano.

* * *

La revelación de Paula Seymour dejó perplejo a Matt Barrows.

—¿Que ese gusano es tu...?

—Sí —asintió la joven.

—¡No es posible!

—Será todo lo gusano que tú quieras, pero es mi hermano.

—¡Por eso trataste de encubrirle!

Paula movió la cabeza.

—No; porque es mi hermano, no. Lo hice porque no creo a Nick capaz de asesinar a nadie. Tiene muchos defectos, pero no es un criminal. Es posible que conociera a Dorothy Colman y que se acostara con ella de vez en cuando, porque a mi hermano le gustan las mujeres casadas. Entre otras cosas, porque les saca más fácilmente el dinero que a las solteras. Pero...

Matt elevó las cejas.

—¿Tu hermano vive de eso...?

—Desgraciadamente, parece que sí —suspiró Paula—. No le gusta trabajar. Nunca le ha gustado. Y como tiene un buen físico, lo utiliza para conquistar a las mujeres. Se le da muy bien, te lo aseguro. Las satisface sexualmente y les saca todo lo que puede. Para eso no tiene el menor escrúpulo.

—Menuda joya —rezongó el detective.

—Nunca ha matado a nadie, créeme.

—El hallazgo de las cerillas demuestra que tu hermano estuvo en el dormitorio de Dorothy Colman.

—No seré yo quien lo niegue. Pero pudo haberlas perdido la noche anterior. O la otra. No hay pruebas de que las perdiera anoche. Y, aunque así fuera, eso tampoco demuestra que él matara a esa mujer. Pudieron asesinarla después, cuando Nick ya se había ido.

El meneó la cabeza.

—No creo que Dorothy Colman tuviera dos amantes.

—¿Y qué me dices del marido?

—¿El marido?

—Pudo matarla él. Si sabía que su mujer le ponía los cuernos con mi hermano...

—El marido es mi cliente, Paula. Si él hubiera asesinado a Dorothy, no me habría contratado para averiguar quién mató a su mujer. ¿No te parece?

—Quizá pretenda cargarle el crimen a Nick.

Matt guardó silencio.

Paula siguió hablando:

—Es posible lo que digo, ¿verdad, Matt? El tipo sabía que su mujer le engañaba y con quién, así que decidió matarla a ella y contratarte a ti, para que descubrieras lo que él ya sabía: que su esposa se acostaba con mi hermano. Y, una vez averiguado eso, lo normal es que sospeches de Nick. Lo que tu cliente quería.

—Te olvidas de algo, Paula.

—¿De qué?

—Del atentado que sufrí cuando salí del edificio en dónde vives. El tipo que me disparó era el asesino de Dorothy Colman. Y si Francis Colman hubiera matado a su mujer y me hubiese contratado para cargarle el crimen a tu hermano, como tú sospechas, ¿cómo iba a querer liquidarme...?

Paula se mordió el labio inferior.

No tenía respuesta para la pregunta del detective.

Matt se pasó la mano por el cabello.

—Lo siento por ti, Paula, pero creo que tu hermano estranguló a Dorothy Colman, en su propia cama, des pues de hacer el amor con ella. Y creo, también, que fue él quien me disparó, con una pistola provista de silenciador, y se dio a la fuga en el Dodge azul.

—¡Nick no tiene ningún Dodge azul!

—Sospecho que lo robó.

—Tampoco tiene ninguna pistola provista de silenciador.

—¿Cómo puedes saberlo?

—¡Nick no tiene nada que ver!

—Lamento no estar de acuerdo, Paula. Para mí, Nick es un mal tipo, y le creo capaz de lo peor. Lo atraparé y lo interrogaré. Y no tendrá más remedio que confesar.

La muchacha no replicó esta vez.

Tenía los ojos húmedos y parecía que iba a romper en sollozos de un instante a otro. Matt Barrows sintió pena por ella y levantó la mano para acariciarle el rostro.

—Lo siento, créeme.

Paula le soltó un zarpazo.

—¡No me toques!

—¿Así agradeces que te salvara del salvaje de tu hermano?

—Ojalá no hubieras intervenido.

—Sí, debí quedarme fuera, oyendo tus gritos y las bofetadas que él te daba —masculló el detective—. Me habría evitado el puntapié en los genitales. Todavía me duelen, ¿sabes?

Paula se mantuvo callada, aunque, por su expresión, se adivinaba que lamentaba sus últimas palabras. Matt hizo ademán de levantarse, pero ella prendió su brazo.

—Un momento, Matt —rogó, en tono quedo.

—¿Qué quieres?

—No he sido justa contigo.

—Vaya, menos mal que lo reconoces.

—Perdóname por lo que he dicho. Nick es mi hermano y, aunque sé la clase de vida que lleva, no puedo evitar el...

—Le quieres a pesar de todo, ¿eh?

—Sí.

—Lo comprendo, aunque no se lo merece.

—Es posible, pero...

—¿Me soltarás otro zarpazo, si te acaricio la cara?

—No.

Matt lo hizo y preguntó:

—¿Habrás bofetada si te beso?

—No creo.

—En tu apartamento la hubo.

—Porque estaba enfadada.

—¿Y ya no lo estás?

—No.

—Menos mal —sonrió Matt, y la besó.

Paula, como afirmación a sus palabras, no sólo se dejó besar sumisamente, sino que incluso puso bastante de su parte, logrando

entre los dos que el beso fuera largo y apasionado.

Capítulo IX

CLARK Fleisher, de cuarenta y cuatro años de edad, sienes plateadas y atlética figura, era el propietario del Royal Club. Se hallaba en su despacho, realizando algunas cuentas, y de vez en cuando le daba una chupa da al magnífico habano que, entre los dedos de su mano izquierda, despedía una pequeña columna de humo blanquecino.

De pronto, la puerta se abrió y un tipo de elevada estatura y poderosa complexión entró en el despacho. Tras emitir un ligero carraspeo, dijo:

—Disculpe, señor Fleisher.

Clark interrumpió su tarea y levantó la mirada.

—¿Qué ocurre, Milton?

—Nick Seymour está aquí.

—¿Qué quiere?

—Hablar con usted.

—Hazle pasar. Y quédate en el despacho, Milton. Puedo necesitarte.

—Entendido.

El corpulento Milton salió del despacho, regresando un par de minutos después con Nick Seymour. Cerró la puerta y permaneció junto a ella, con los brazos cruzados.

—Hola, señor Fleisher —saludó el hermano de Paula, visiblemente nervioso.

—¿Qué te sucede, Nick?

—Estoy en un aprieto, señor Fleisher.

Clark se fijó en las señales de golpes que ofrecía el rostro de Nick Seymour.

—Te han sacudido, ¿eh?

—Sí.

—¿Algún marido celoso...?

—No.

—¿Quién fue?

—Un tipo al que yo no conocía de nada. Paula vino a verme, discutimos, y entonces irrumpió el fulano en mi apartamento. Sospecho que siguió a mi hermana.

—¿Por qué?

—El tipo piensa que yo asesiné a una tal Dorothy Colman. Estuvo a punto de atraparme, pero tuve suerte y logré escapar.

—Pelea bien el tipo, ¿eh?

—Sí, muy bien.

—Entonces, es policía o detective privado.

—Yo me inclino por lo segundo.

Clark Fleisher se llevó el cigarro a la boca, consumió unos milímetros de tabaco, y expulsó pausadamente el humo.

—Dijiste Dorothy Colman, ¿no?

—Sí.

—Casada, ¿verdad?

—Sí.

—Y tú te acostabas con ella.

Nick titubeó.

—Bueno, yo...

—¿Hacías el amor con esa mujer o no?

—Sí —confesó Nick.

—¿Cuándo murió?

—Anoche.

—¿Dónde?

—En su casa.

—¿La mataste tú, Nick?

—¡No!

—¿Seguro?

—¡Se lo juro!

—Si quieres que te ayude a salir del apuro, tendrás que contarme toda la verdad, Nick.

—¡Lo estoy haciendo, señor Fleisher!

—Está bien, cálmate.

—Me cree usted, ¿verdad, señor Fleisher?

Clark le dio una nueva chupada al cigarro, sin responder, y luego preguntó:

—¿Estuviste anoche con esa Dorothy Colman, Nick?

—No.

—¿Cuándo la viste por última vez?

—Hace tres días.

—Anoche no viniste por el club...

—No.

—¿Dónde estuviste?

—Me quedé en casa.

—¿Con quién?

—Solo.

—¿En serio...?

—Me encontraba algo fatigado y decidí tomarme un descanso.

—Ya.

Clark miró a Milton, antes de inhalar nuevamente el humo del cigarro.

El musculoso empleado entendió y se acercó a Nick

Seymour, silencioso y por detrás. Cuando lo tuvo al alcance de sus puños, le descargó el derecho sobre el hombro.

Nick dio un grito y cayó al suelo.

—Me has contado un cuento chino —reprobó Clark.

—¡Se equivoca, señor Fleisher! —aseguró Nick—. ¡Le he dicho la verdad!

—Tú no te quedarías una noche en casa, solo, ni aunque tuvieras la gripe.

—¡Tiene que creermme, señor Fleisher!

—Sigue con él, Milton —indicó Clark.

—¡No! —gritó Nick.

Milton lo agarró, lo levantó, lo sujetó con la mano izquierda, y con la derecha le cruzó la cara varias veces, hasta hacerle sangrar por la nariz y por la boca.

—¿Dónde estuviste anoche, Nick? —preguntó de nuevo Clark.

—¡En casa!

Clark compuso una mueca.

—Tendrás que mostrarte más duro, Milton.

—Muy bien.

—¡No, señor Fleisher! —pidió Nick, pero Clark no detuvo a su hombre de confianza y...

Bueno, el hermano de Paula lo pasó muy mal...

El bestia de Milton le golpeó en el estómago, en el hígado, en las costillas, en la cara. Y, para rematar la serie de duros golpes, le soltó un rodillazo entre los muslos y le arrancó un alarido tremendo, desgarrador.

Después, dejó de sujetarle y Nick se desplomó como un saco de patatas. En el suelo, prácticamente hecho una bola, siguió gimiendo de dolor.

Clark Fleisher dejó transcurrir un par de minutos y preguntó:

—¿Me dirás la verdad ahora, Nick?

El hermano de Paula, sin abrir los ojos, murmuró:

—Sí.

—¿Estuviste anoche con Dorothy Colman?

—Sí.

—¿Por qué me mentiste?

—Para que no pensara que yo asesiné a Dorothy Colman.

—Creo que lo hiciste, Nick.

—¡No! Yo no la maté, señor Fleisher... ¡Estaba vi va cuando me marché!

—¿Discutisteis por algo?

—No.

—Todo fue bien, ¿eh?

—Sí.

—¿Quién la mató, entonces?

—El marido, seguramente.

—¿El marido...?

—Con él sí discutió Dorothy, y muy violentamente, además. ¡Ella me lo dijo!

—¿Qué fue lo que te contó?

—Que la había golpeado. Y que había tratado de estrangularla.

—¿De veras?

—¡Sí! Y después la metió en la ducha.

—¿Por qué hizo eso?

—Dorothy había bebido más de la cuenta, como de costumbre.

—Se emborrachaba, ¿eh?

—¡Sí!

Clark Fleisher se acarició la barbilla e indicó:

—Levántalo, Milton.

Este agarró a Nick y lo puso en pie. Tuvo que sostenerlo, para que no se cayera de nuevo.

—Te voy a creer, Nick —manifestó Clark—. Y te voy a ayudar. Si tú no mataste a esa mujer, no tienes por qué cargar con el crimen que seguramente cometió el marido, como tú sospechas.

—Gracias, señor Fleisher.

—Si hubieras dicho la verdad desde un principio, no habría habido necesidad de que Milton se mostrara duro contigo. Te hubieras ahorrado la paliza.

—Ya le dije por qué mentí, señor Fleisher.

—Sí, pero lo dijiste tarde.

—Bueno, lo importante es que usted me cree ahora y está dispuesto a sacarme del apuro.

—Desde luego.

—¿Qué piensa hacer, señor Fleisher?

—Tendremos que encargarnos del tipo que te golpeó, para que deje de molestarte.

—Me parece una buena idea.

—Mientras yo pienso en la manera de librarte de él, descansa y recupera las fuerzas. ¿De acuerdo, Nick...?

—Sí, señor Fleisher. Y gracias por prestarme su ayuda. Nunca lo olvidaré.

—Eso espero, muchacho —sonrió ligeramente Clark.

Después, hizo una muda indicación a Milton y éste sacó a Nick del despacho.

Capítulo X

MATT Barrows se separó ligeramente de Paula Seymour, la miró a los ojos y ponderó:

—Por un beso tuyo, se podrían pagar hasta cien dólares.

—¿Tanto...? —sonrió ella, halagada.

—Los vale, te lo aseguro.

—¿Y cuántos llevas tú en la cartera?

—Doscientos y pico...

—Entonces, aún tienes suficiente para un segundo beso.

—¿Me los vas a cobrar...?

—Naturalmente.

—Entonces, no podré invitarte a almorzar.

—¿Pensabas hacerlo?

—Desde luego.

—En ese caso, los besos serán gratis.

Barrows unió de nuevo su boca a la de ella, poniendo en el beso la misma pasión de antes. Y Paula hizo lo mismo.

El detective, instintivamente, deslizó su mano y acarició los muslos femeninos, que la abertura frontal de la falda permitía exhibir generosamente.

Paula no le recriminó por ello.

Tras ese segundo beso, Matt alabó:

—Eres maravillosa, Paula.

—Y tú un atrevido.

—¿Porque te acaricio las piernas?

—Claro.

—Las tienes tan preciosas, que también se podría pagar por ello.

—¿Cuánto?

—Lo mismo que por un beso, más o menos.

—¿Y por acariciarme los senos?

—El doble, claro.

—¿Y por hacer el amor conmigo?

—¡Quinientos, por lo menos!

—Con arreglo a esa tarifa, ganaría mucho más de puta que cantando y bailando en el Royal Club.

—¡Seguro!

—Será cuestión de pensarlo.

—Si no supiera que hablas en broma, te estrangularía.

La sonrisa desapareció del rostro de Paula Seymour. Matt se dio cuenta y le prendió la barbilla.

—Eh, ¿qué te ocurre?

—Tus últimas palabras me han recordado el asesinato de Dorothy Colman. Así murió ella, estrangulada.

—Ojalá me hubiera mordido la lengua.

—Y también quisieron matarte a ti.

—No pienses ahora en eso, Paula.

—No pudo ser Nick, Matt.

—¿Vamos a ponernos a discutir otra vez?

Paula se mordió los labios.

—Prométeme una cosa, Matt.

—¿El qué?

—Que no acusarás a mi hermano mientras no estés absolutamente seguro de que él mató a Dorothy Colman.

—Prometido.

Ahora fue Paula la que acarició el rostro del detective.

—Yo también quiero prometerte algo, Matt.

—¿De veras?

—Si logras demostrar que Nick no asesinó a Dorothy Colman ni disparó contra ti, haré el amor contigo. Todas las veces que quieras.

—Es un premio sumamente tentador.

—Harás todo lo posible por ganarlo, ¿verdad?

—Por supuesto. Pero si resulta que tu hermano es culpable, como yo me temo...

—No habrá premio.

—Lo suponía.

—No te desanimes, sé que puedes conseguirlo. Nick es inocente —insistió Paula, y le besó.

Poco después, abandonaban el apartamento.

Matt aún acusaba los efectos del rodillazo que Nick le asestara en sus órganos masculinos, pero apenas se le notaba al andar.

Como ya casi era hora de almorzar, Paula dejó su coche donde estaba y montó en el de Matt, por sugerencia de éste, y se dirigieron, al restaurante favorito del detective.

* * *

Carrol Hayward, de veinticuatro años, cabello rubio y ojos color violeta, se hallaba frente al mueble bar que tenía en el living de

su apartamento, preparando un par de copas.

La otra era para Francis Colman, que estaba sentado en el sofá, con el gesto pensativo. Carroll, que iba en bata, le miró por encima del hombro, pero no dijo nada.

Acabó de preparar las copas y regresó junto a Francis.

—Tom, cariño.

Colman alzó maquinalmente la mano y cogió la copa que le ofrecía la atractiva rubia. Esta se sentó a su lado y le pasó el brazo por los hombros, amorosamente.

—Bebe, te sentará bien.

—Francis se llevó la copa a los labios e ingirió un sorbo de licor.

La rubia le imitó y preguntó:

—¿Estás seguro de que aquí no te encontrará la policía, Francis?

—Nadie sabe que tengo relaciones contigo. Carroll.

—¿Ni siquiera el detective privado que contrataste?

Colman movió la cabeza.

—No, no se lo dije. Es más, le aseguré que jamás había engañado a mi mujer.

—Qué embustero —sonrió la rubia, antes de besarle en la mejilla.

—No podía contarle lo nuestro, compréndelo. Hubiera pensado que yo asesiné a Dorothy, para poder casarme contigo.

—Y no fue así, ¿verdad?

El la miró.

—¿Qué quieres decir?

—A mí no tienes por qué ocultármelo, cariño. Te seguiré queriendo aunque me confieses que, en un arrebató de furia, estrangulaste a Dorothy.

Colman se irguió con brusquedad.

—¡Yo no la maté!

—Está bien, no te excites. Si no la mataste tú, mejor.

—Me enfurece que tú, la mujer a quien amo, no me creas.

—No es que no te crea, Francis. Sólo trato de hacerte comprender que yo te quiero por encima de todo. Estoy loca por ti y me casaré contigo en cuanto me lo pidas, hayas matado a Dorothy o la haya matado otra persona. No me importa en absoluto, ¿entiendes? Sé que, si la mataste, no fue deliberadamente, sino porque ella te insultó, te provocó, te enfureció y...

—¡No fui yo, te lo repito!

—Muy bien, no fuiste tú. Ahora, siéntate de nuevo y bebe otro trago. Lo necesitas.

Colman resopló, se mesó el cabello y volvió a sentarse en el sofá, con cierta brusquedad.

—No quiero que dudes de mi inocencia, Carrol. Que dude la policía, y hasta me crea culpable, no me importa. Y tampoco me importa que dude Matt Barrows, aunque creo que para él soy inocente. Pero que dudes tú, sí me importa. Y mucho.

La rubia le besó.

—No volveré a dudar, te lo prometo.

—Así lo espero —rezongó Colman, y tomó un buen trago de licor.

Carrol dejó su copa sobre la mesa y se abrió la bata, mostrando sus rotundos senos.

—Francis...

Colman la miró y los ojos le brillaron.

—¿Por qué haces eso?

—Porque te deseo.

—¿En este momento?

—En éste y en todos.

El vaciló.

—Carrol, creo que dadas las circunstancias, no de heríamos pensar en...

—A la porra las circunstancias —le interrumpió la rubia, arrebatándole la copa, casi vacía ya.

Después, le echó los brazos al cuello y le besó fogosamente.

Colman, titubeante al principio, no tardó en devolverle el beso y dirigir sus manos a los pechos desnudos de su amante, para acariciarlos y oprimirlos.

Escasos minutos después estaban haciendo el amor.

* * *

Tras el almuerzo, Matt Barrows y Paula Seymour se separaron, cada cual en su coche, regresando ella a su casa y tomando el detective la dirección que conducía al cementerio de automóviles en donde se le escabullera el tipo que intentó asesinarle.

Quería saber si el Dodge azul seguía allí, abandonado.

Se exponía, naturalmente, a ser atacado de nuevo por los tres individuos que allí se encontró, pero eso no le preocupaba en absoluto. Si volvían a buscarle las cosquillas, lo lamentarían de veras, porque se mostraría aún más duro con ellos que la vez anterior.

Matt llegó al cementerio de coches y se dirigió al lugar en donde el asesino dejara su vehículo al no tener salida.

El Dodge azul ya no estaba allí.

¿Se lo habría llevado el asesino?

¿Se lo habrían llevado los tipos?

Si el asesino había vuelto por él significaba que no se trataba de un coche robado, sino que le pertenecía. Podía, eso sí, haberle colocado unas placas falsas, como precaución por si fallaba el atentado, como de hecho sucedió.

Sería cuestión de averiguarlo.

Teniendo anotado el número de matrícula, no sería difícil.

Abandonó el cementerio de automóviles sin tropezarse de nuevo con los tipos con los que peleara por la mañana. Por lo visto, ellos también lo habían abandonado.

El detective se fue directamente al apartamento de Nick Seymour, aunque no esperaba pillar al tipo allí. No era probable que hubiera vuelto, después de lo sucedido.

Lo que Matt quería era registrar a fondo el apartamento, aprovechando la ausencia de Nick. Si no lo hizo por la mañana fue porque Paula se hallaba presente.

Y como ella estaba tan empeñada en que su hermano era inocente...

Matt llegó al 520 de Fairmount Avenue, descendió del coche, y se introdujo en el edificio. No tuvo ningún problema para entrar en el apartamento de Nick Seymour, en donde todo seguía igual que cuando él y Paula lo dejaron, lo que venía a confirmar que Nick no había vuelto por allí.

Barrows empezó a revisarlo todo.

Parecía que no iba a encontrar nada de interés, cuando, de repente, al apartar unos libros, descubrió un sobre. Lo cogió, lo abrió y vio que contenía varias fotografías.

Todas eran de Dorothy Colman.

Le habían sido tomadas en la cama... y sin nada encima.

Matt las estaba mirando con fijeza, cuando sonó el teléfono.

El timbre casi le hizo respingar.

Matt devolvió las fotos al sobre, se guardó éste en el bolsillo interior de la chaqueta, y fue hacia al teléfono. Tomó el auricular y se lo llevó al oído, pero no dijo nada.

Quería que hablara primero la persona que había hecho la llamada.

—¿Nick...?

Era una voz femenina, que el detective reconoció enseguida.

—Soy yo, Paula.

—¿Matt...?

—Sí.

—¿Qué haces ahí?

El detective iba a responder, cuando algo muy duro cayó sobre su cabeza y le obligó a desplomarse, total mente privado del sentido.

Capítulo XI

PAULA Seymour oyó un ruido raro a través de la línea telefónica.

—¿Matt...?

El detective no le respondió.

Ella, lógicamente, se alarmó.

—¿Estás ahí, Matt? ¿Qué diablos sucede? ¿Por qué no me contestas? ¡Responde, Matt, por favor!

El detective, naturalmente, no pudo complacerle.

La muchacha adivinó que algo había ocurrido en el apartamento de su hermano y colgó el teléfono con prontitud;

—¡Dios mío! —exclamó, cogiendo su bolso con rapidez y echando a correr hacia la puerta.

Tenía que ir al apartamento de Nick.

Era la única manera de averiguar qué había ocurrido allí.

Paula alcanzó la calle, se metió en su coche y salió disparada.

Cuando divisó el 520 de Fairmount Avenue, vio el Ford castaño de Matt Barrows estacionado frente al edificio. Y vio también un Dodge azul.

¿El del tipo que intentara asesinar a Matt?

Paula temía que así fuese y temió, también, por la vida del detective privado.

¿Lo habrían asesinado en el apartamento de Nick?

Temblando como un flan, detuvo su Chrysler, saltó del vehículo y se introdujo corriendo en el edificio.

Poco después, irrumpía en el apartamento de su hermano.

—¡Cielos, no...! —exclamó horrorizada.

Y, ciertamente, no era para menos.

Nick yacía en el suelo, boca arriba, con una gran mancha de sangre en el pecho. Había recibido un balazo en pleno corazón y no hacía falta tomarle el pulso para saber que su músculo cardíaco ya no latía.

Estaba muerto.

No lejos de él, yacía Matt Barrows, boca abajo, igualmente inmóvil.

Su mano derecha aferraba un revólver corto, calibre 38.

El suyo.

Cerca de Nick, yacía asimismo un arma. Una pistola automática provista de silenciador.

¿Habrían disparado los dos a la vez?

¿Se habrían matado mutuamente?

Fue lo que pensó Paula, a juzgar por lo que sus espantados ojos contemplaban. Aunque lo cierto era que, bajo el cuerpo del detective, no se veía rastro de sangre.

Paula, estremecida de horror, se aproximó a Matt, se arrodilló junto a él y le tocó el cuello, comprobando que su carótida latía con normalidad.

El detective estaba vivo.

Y no tenía herida de bala alguna, según pudo comprobar Paula cuando le dio la vuelta y examinó su cuerpo.

—¡Matt! —lo llamó, zarandeándole.

Volvió en sí y abrió los ojos.

—Paula... —murmuró.

—¡Está muerto, Matt!

—¿Qué?

—¡Nick está muerto!

—¿Nick...?

—¡Tú le mataste!

—¿Yo...?

—Todavía empuñas su revólver.

Barrows comprobó que era cierto.

—Pero...

—¿Por qué lo hiciste, Matt?

—¡Yo no maté a tu hermano, Paula!

—¿Que no...? ¡Ahí tienes su cadáver! ¡Míralo!

Matt acabó de erguir el torso y miró el cuerpo sin vida de Nick.

—No es posible...

—¿Por qué tuviste que tirar a matar? ¿No te bastaba con herirle?

—Yo no disparé sobre él, ¡te lo juro!

—¿Contra quién disparaste entonces?

—¡Contra nadie!

—¡No te creo! —gritó Paula, que ya tenía los ojos llenos de lágrimas.

Matt apretó los dientes y abrió el cargador de su revólver.

—Falta una bala...

—¡La que está incrustada en el corazón de Nick!

El detective la agarró por los hombros, con brusquedad.

—Te repito que yo no hice uso de mi revólver, Paula.

—Acabas de decir que falta una bala.

—¡Pero no la disparé yo!

—¿Quién lo hizo, pues?

—Es lo que hay que averiguar. Cuando estaba hablando contigo por teléfono, recibí un duro golpe en la cabeza y me derrumbé sin conocimiento.

—¿De veras?

—¡Tócame el cráneo y verás!

Paula lo hizo y descubrió un hermoso chichón.

—Es verdad... —murmuró.

—A Nick debió matarlo el tipo que me dejó inconsciente.

—¿Por qué?

—Para que piensen que lo maté yo, naturalmente. Y para que nadie pueda interrogarle.

—Pero...

El sacó el sobre que contenía las fotos de Dorothy Colman.

—Mira lo que encontré, oculto detrás de aquellos libros.

—¿Qué es?

—Fotografías —dijo, y se las mostró.

—¡Es Dorothy Colman! —exclamó Paula.

—Sí.

—¡Y está desnuda!

—Debió tomárselas Nick.

—¿Para qué?

—Para chantajearla, seguramente. Es una fórmula muy sencilla para sacarle dinero a una mujer casada. O paga, o las fotos van a parar a manos del marido. Pero Dorothy Colman, por lo visto, se negó a pagar. No debía importarle que su marido recibiese las fotos o no, porque hacía tiempo que no se llevaban bien. Y tu hermano, al ver que su fórmula no daba resultado con Dorothy, se enfureció y la estranguló.

—¿Sigues pensando que fue él...?

—Pocas dudas tengo ya, Paula, tras el hallazgo de estas fotos. Y Nick, como puedes ver, sí tenía una pistola con silenciador. Con ella disparó desde el Dodge azul.

Paula bajó la mirada e informó:

—Está abajo en la calle.

—¿Qué?

—El Dodge azul. Lo vi cuando llegué.

—Lo siento, pero era la prueba que faltaba.

Ella ahogó un sollozo.

—Necesito que me abrases, Matt.

El detective lo hizo y le acarició el cabello suavemente.

—El caso aún no está resuelto, Paula. Falta por saber quién me golpeó y disparó sobre Nick.

—Eso a mí ya no me importa. Nick ha muerto. Y todas las pruebas le acusan. Las cerillas del Royal Club, con mi número de teléfono anotado; las fotografías de Dorothy Colman, desnuda; la pistola provista de silenciador: el Dodge azul... Yo confiaba en su inocencia, pero era culpable, según parece.

—No te mortifiques.

—No puedo evitarlo, Matt.

—Veremos qué pasa cuando descubra y atrape al tipo que me dejó inconsciente. No veo muy claro que matara a tu hermano y me dejara a mí con vida.

—Lo hizo para que pensaran que lo habías matado tú. Lo dijiste antes.

—Sí, lo dije, pero...

—¿Has cambiado de idea, Matt?

—En parte, sí. El tipo se arriesgó mucho al dejarme con vida, porque puedo descubrirle. La policía, aunque no crea que yo maté a tu hermano, no me detendrá, porque poseo pruebas suficientes contra Nick y pensarán que maté al asesino de Dorothy Colman. Podré seguir investigando y llegar al final del asunto.

—Quizá el tipo piense que nunca lo descubrirás.

—Si cree eso, es que no me conoce bien. Tampoco era fácil descubrir a Nick, y no tardé demasiado en conseguirlo.

—Es verdad.

—Aunque si no hubiera encontrado los fósforos del Royal Club, con tu número de teléfono anotado, en el dormitorio de Dorothy Colman.

—Fue una pista importante, sí...

—Tan importante que empiezo a desconfiar de ella.

Paula la miró extrañada.

—¿Qué quieres decir, Matt?

—No sé, pero de pronto tengo el presentimiento de que alguien quiso facilitarme la investigación. Las cerillas me llevaron hasta ti, tú me llevaste hasta Nick... Luego, lo de las fotos. ¿Por qué no me golpearon antes de que las encontrara? Tengo la impresión de que ese alguien deseaba que yo hallara una prueba más contra Nick, para que ya no tuviera dudas de que él asesinó a Dorothy Colman. Después, la pistola provista de silenciador, el Dodge azul estacionado abajo... Toda una colección de pruebas acusatorias. Y no es fácil encontrar pruebas de un asesinato, ¿sabes?

En el bello rostro de Paula Seymour apareció una luz de

esperanza.

—¿Cabe todavía la posibilidad de que mi hermano no estrangulara a Dorothy Colman, Matt?

—Sí, creo que sí —respondió el detective.

—¡Dios mío, qué alegría me das! —exclamó Paula, y le besó, cuando ya las lágrimas acudían de nuevo a sus ojos.

Capítulo XII

EL teniente Kuter, acompañado de varios agentes, se personó en el apartamento de Nick Seymour. Había sido avisado por Matt Barrows, aunque éste, por teléfono, le había dicho muy poco. Que había un muerto, sólo eso.

Kuter, tras echar una primera ojeada al cadáver de Nick, preguntó:

—¿Quién es el muerto?

—Nick Seymour —respondió Matt.

Kuter se fijó en Paula.

—¿Y ella...?

—Paula Seymour.

—¿La esposa?

—Su hermana.

—¿Qué pasó, Barrows?

—Alguien me atizó en la testa mientras hablaba telefónicamente con Paula, y después disparó sobre Nick. Y creo que utilizó mi revólver, porque falta una bala en el cargador y yo no disparé ninguna.

El teniente entrecerró los ojos.

—¿Seguro que no le mataste tú, Barrows?

—Le juro que no, teniente. Aunque eso es lo que el tipo que disparó sobre Nick quiere que ustedes piensen: que le maté yo.

—¿Por qué?

—Parece ser que Nick Seymour estranguló a Dorothy Colman.

—¡Qué interesante!

—Todas las pruebas que yo he encontrado, le acusan. Aunque eso no quiere decir que...

—Cuéntamelo todo, Barrows. Y como me ocultes algo, te acuso de la muerte de Nick Seymour, ¡y te meto entre rejas! —advirtió Kuter, apuntándole con su poderoso índice.

—Le creo muy capaz —sonrió el detective.

—¡Vamos, empieza a desembuchar!

Matt le puso al corriente de todo, sin ocultarle nada, porque en esta ocasión no le convenía. Sus explicaciones tenían que dejar satisfecho al teniente Kuter, para que éste le permitiera continuar la

investigación y llegar hasta el final.

—Y eso es todo, teniente.

Kuter, que tenía en sus manos los fósforos del Royal Club y las fotografías de Dorothy Colman, comentó.

—Creo que la cosa está muy clara, Barrows.

—¿Le parece a usted?

—Nick Seymour asesinó a Dorothy Colman. Las cerillas del Royal Club, con el número de teléfono de su hermana anotado, demuestra que estuvo en el dormitorio de la víctima. Y estas fotos, halladas por ti aquí, en su apartamento, ocultas tras unos libros, demuestran que le chantajeaba. Dorothy Colman se cansó de pagar y... y él la mató.

—¿Y quién le mató a él y por qué?

—Quizá tuviera un socio.

—¿Socio?

—Sí, alguien que estuviera con él en el negocio. O que conociera sus actividades y temiera verse implicado. Porque es más que probable que Nick Seymour llevara a cabo más chantajes. El tipo, asustado, decidió eliminarlo para que no pudiera delatarle.

Matt compuso un gesto escéptico.

—No sé, teniente, no sé.

—De lo que no hay duda, Barrows, es que Francis Colman es inocente.

—Sí, eso parece.

—Cuando te llame, dile que puede dejar de esconderse. Ha quedado fuera de toda sospecha.

—Le alegrará saberlo.

—¡Seguro!

—¿Podemos irnos, teniente? Paula no se encuentra muy bien y quiero acompañarla a su casa.

—Sí, desde luego.

—Vamos, Paula —indicó el detective, prendiéndola del brazo y sacándola del apartamento.

Ya en el apartamento de Paula Seymour, ésta dijo:

—Tendré que llamar a Clark Fleisher.

—¿Quién es Clark Fleisher? —preguntó Matt Barrows.

—El propietario del Royal Club. Le contaré lo que ha pasado y le diré que no puedo actuar esta noche.

—Nick solía ir por allí, ¿verdad?

—Sí, casi todas las noches.

—¿Conocía a Clark Fleisher?

—Desde luego.

—¿Qué clase de hombre es?

—¿Por qué lo preguntas?

—Por nada, en especial. Pero basta que conociera a Nick para que yo sienta deseos de conocerle a él.

Paula se quedó mirándole.

—¿Piensas que Clark Fleisher puede tener algo que ver en la muerte de Nick?

—Te lo contaré cuando haya hablado con él. Y me gustaría que eso fuera esta noche. Pero, para ello, necesito que actúes esta noche en el Royal Club. Me servirá de pretexto para dejarme caer por el club y tú me presentarás a Clark Fleisher.

—Pero...

Matt la abarcó por la cintura, con suavidad.

—Sé que será difícil para ti cantar y bailar esta noche, Paula, pero te pido que lo hagas. Puede ayudarme a descubrir al tipo que mató a Nick.

Paula asintió levemente con la cabeza.

—De acuerdo, Matt. Actuaré esta noche en el Royal Club.

—Gracias —sonrió el detective, y unió su boca a la de ella.

* * *

Alrededor de las siete, Matt Barrows regresó a su oficina.

Necesitaba meditar con calma sobre todo lo que había sucedido desde que Francis Colman le contratara, que no había sido poco, y aquél era el mejor sitio.

Llevaría unos diez minutos sentado en su sillón, dándole chupadas al cigarrillo que había encendido, cuando sonó el teléfono. Matt alargó el brazo y tomó el auricular.

—Diga.

—¿Barrows?

—Sí.

—Soy Francis Colman.

—Hola, señor Colman. Creí que pensaba llamarme esta noche a mi casa.

—Así es, pero no he podido esperar. La impaciencia me domina y ésta es la tercera vez que te llamo esta tarde. En las dos anteriores no estaba usted.

—Hace sólo unos minutos que he llegado.

—Bien, ¿cómo marcha su investigación, Barrows?

—Fenomenal.

—¿De veras?

—He descubierto tantas cosas, que usted ya no tiene nada que

temer, señor Colman. El propio teniente Kuter me rogó que le dijera que ya puede abandonar usted su escondite. Está libre de toda sospecha.

—¡Es fantástico!

—Sabía que se alegraría.

—¿Quién asesinó a Dorothy?

—Bueno, pues parece ser que...

Matt se lo contó todo.

Francis soltó un gruñido.

—Así que mi mujer me ponía los cuernos, ¿eh?

—Me temo que sí, señor Colman.

—Y el tipo la fotografió desnuda para hacerle chantaje...

—Eso parece.

—Bien, celebro que se haya aclarado todo.

—Todo no se aclarado, señor Colman. Aún tengo que averiguar quién mató a Nick Seymour y por qué.

—Eso a mí ya no me importa. Le contraté para que descubriera al asesino de Dorothy y demostrara mi inocencia. Y eso ya lo ha conseguido, así que considere el caso cerrado y prepáreme la factura.

—Le prepararé la factura, si quiere, pero seguiré investigando, señor Coleman. Y no sólo porque deseo saber quién mató a Nick Seymour, sino porque no estoy totalmente convencido de que él estrangulara a su esposa.

—¿Cómo es posible que lo ponga en duda, con el montón de pruebas que ha logrado reunir? ¡Si hasta la policía está convencida de que ese sucio chantajista asesinó a mi mujer!

—Lo sé, pero...

—Es seguro que la mató Nick Seymour, Barrows, así que no pierda el tiempo y deje la investigación. Si la policía quiere saber quién mató al asesino de mi mujer, que lo busquen ellos. Usted ya ha cumplido con su trabajo. Y muy bien, por cierto. Ha sido rápido y eficaz. Aunque sus honorarios sean elevados, los pagaré sin rechistar. ¿De acuerdo, señor Barrows?

—Quiero llegar hasta el final, señor Colman.

Francis rezongó algo.

—Va a seguir, ¿eh?

—Sí.

—Está bien, haga lo que quiera —gruñó Colman, y cortó la comunicación.

Matt colgó el auricular y siguió meditando hasta que su reloj marcó las siete y media. Entonces, se levantó del sillón para abandonar su oficina, sin sospechar que afuera, en el corredor, le

estaba esperando alguien con una pistola provista de silenciador, dispuesto a mandar le al otro mundo.

Capítulo XIII

MATT Barrows abrió la puerta y salió al corredor.

No vio a nadie, porque el tipo que pensaba acabar con él se hallaba oculto en la escalera. El detective se metió la mano en el bolsillo, para extraer las llaves y cerrar su oficina.

Fue una suerte que no las cogiera bien, porque escaparon de su mano y cayeron al suelo, lo que le obligó a agacharse para cogerlas. Y eso le salvó la vida, por que el tipo que pretendía cargárselo se había asomado y ya había puesto en marcha la primera bala.

El proyectil silbó sordamente por encima de la cabeza del detective privado y chocó contra el cristal translúcido que cubría la mitad superior de la puerta de su oficina, perforándolo limpiamente.

El ruido causado por la bala al atravesar el cristal, más que su sordo silbido, hizo que Matt Barrows adivinara que estaba sufriendo un nuevo atentado, así que se echó al suelo al instante y rodó por él mientras empuñaba su revólver.

Quien trataba de eliminarlo efectuó dos disparos más, pero no consiguió que los proyectiles mordieran carne.

Matt disparó a su vez, logrando que una de las dos balas enviadas se alojara en el hombro derecho del individuo, quien inmediatamente soltó la pistola automática y cayó hacia atrás, emitiendo un agudo grito de dolor.

El detective lo oyó rodar escaleras abajo y se puso en pie de un salto. Corrió hacia la escalera y descendió por ella, con el revólver en la diestra.

Aquel sujeto había quedado detenido en el primer rellano, pero ya estaba haciendo esfuerzos para incorporarse.

—¡Quieto! —ordenó Matt.

Al verse apuntado por el arma del detective, el individuo desistió y continuó tirado en el rellano, agarrándose el hombro herido, que estaba sangrando bastante.

Matt le observó.

Su cara no le decía nada, pero su boca le iba a decir mucho, por las buenas o por las malas.

—Levántate —ordenó.

Con mucho esfuerzo y algún que otro quejido el interpelado se incorporó.

—Vamos a mi oficina —indicó Matt, sin dejar de apuntarle.

El individuo empezó a subir los peldaños que antes bajara de tan mala manera. Matt recogió el arma de aquél, para evitarle tentaciones, y se la guardó en el bolsillo de la chaqueta.

Cuando estuvieron en la oficina, el detective conminó:

—Siéntate y desembucha.

El tipo se sentó en la silla, pero no despegó los labios.

—¿Quieres que te meta una bala en el otro hombro? —amenazó el detective.

—No, hablaré —replicó el fulano, estremeciéndose visiblemente.

—¿Cómo te llamas?

—Lynch.

—¿Asesinaste tú a Dorothy Colman?

El sujeto vaciló.

Matt le apuntó al hombro sano.

—Contesta o aprieto el gatillo.

—Sí, yo la maté —confesó el individuo.

—¿Por qué?

—Me lo ordenaron.

—¿Quién?

—Clark Fleisher.

—El propietario del Royal Club, ¿eh?

—Sí.

—¿Por qué quería Fleisher eliminar a Dorothy Colman?

—Para hacerle un favor a Carrol Hayward, una buena amiga suya, que ahora es la amante de Francis Colman.

Matt acusó las palabras de Lynch.

—Conque Francis Colman tiene una amante, ¿eh?

—Sí, desde hace algún tiempo, Carrol quería casarse con él, pero Colman no se decidía a pedirle el divorcio a su mujer. Temía que se negara a concedérselo. Carrol habló de su problema con Fleisher, y éste, que ya conocía las relaciones amorosas que Dorothy Colman mantenía con Nick Seymour, porque controlaba todos los pasos de éste, ideó un plan para acabar con la esposa de Colman y hacer que Nick Seymour cargara con las culpas. Sólo había que esperar la próxima visita de Nick a Dorothy, y cuando él la dejara...

—Actuarías tú.

—Sí.

—Y fue anoche. Cuando Nick salió, subiste tú.

—Dorothy se había quedado dormida. Seguía completamente desnuda. Le aprisioné el cuello y... Fue muy sencillo, no ofreció apenas resistencia. Después, dejé las cerillas del Royal Club debajo de

la mesilla de noche y me largué. No era difícil encontrarlas. Y estando anotado el número de teléfono de Paula en ella, llegar hasta Nick y sospechar de él sería tarea sencilla.

—Efectivamente, no fue difícil —asintió Matt.

—Lo que no esperaba Fleisher es que Colman con tratase a un detective privado, en vez de llamar a la policía. Lo descubrí yo. Le seguí esta mañana hasta aquí y os vi salir juntos. Te seguí a ti hasta el apartamento de Colman y, cuando subiste, me puse en contacto con Clark Fleisher. Me dijo que llamara a la policía y les comunicara que se había cometido un crimen allí, para que acudieran rápidamente. Los vi llegar, pero tú saliste antes que ellos y te seguí hasta el apartamento de Paula, lo que demostraba que habías encontrado las cerillas del Royal Club y sabías ya a quién pertenecía el número de teléfono que estaba anotado en ellas. Volví a ponerme en contacto con Fleisher y...

—Y él te ordenó que me liquidaras.

—No, te equivocas. Sólo fue un simulacro de atentado, para hacerte creer que alguien deseaba que no pudieras seguir adelante con la investigación. Natural mente, tú pensaste que te había disparado el asesino de Dorothy Colman y te lanzaste en mi persecución. Y por poco me atrapas. Me fue muy difícil escabullirme, pero finalmente lo logré en aquel cementerio de automóviles.

—¿Los tipos que me atacaron?

—Eso no formaba parte del plan, aunque la verdad es que me hicieron un favor con su intervención, porque te entretuvieron y me ayudaron a librarme de ti.

—Continúa.

—Nick Seymour fue a ver a Clark Fleisher, después de su pelea contigo, y le pidió ayuda. Fleisher fingió no saber nada. Incluso ordenó que golpearan a Nick, para hacerle confesar la verdad que él ya sabía. Después, prometió ayudarlo y librarle de ti. Pero le engañó, porque ya había decidido eliminarlo. Y tu vuelta al apartamento de Nick vino muy bien para culminar el plan de Fleisher.

—Lo mataste tú, ¿verdad? —preguntó Matt.

—Sí, después de golpearle a ti y dejarte sin sentido —confesó el asesino.

—¿Por qué no me liquidaste a mí también?

—Fleisher quería que le contases a la policía todo lo que habías averiguado, para que creyesen que Nick Seymour había estrangulado a Dorothy Colman. Había pruebas de sobra. Las cerillas del Royal Club, la pistola provista de silenciador, el Dodge azul, las fotografías de Dorothy Colman desnuda... Fleisher conocía la existencia de esas fotos. Nick intentó chantajear a Dorothy, pero le salió mal. Ella sólo le

ofrecía su cuerpo. Dinero, ni un dólar. Nick le amenazó con no volver, si no le pagaba, pero volvió, porque en la cama hacía todo lo que quería con Dorothy. Y como ella tenía un cuerpo soberbio... Lástima que empinara el codo más de la cuenta.

—¿Y lo de eliminarme esta noche?

—Ya habías informado de todo a la policía, así que no te necesitábamos para nada. Y Fleisher me ordenó que te matara.

—Muy bien, Lynch. Tendrás que contarle también toda la historia al teniente Kuter —anunció el detective, antes de coger el teléfono y marcar el número de la policía.

EPILOGO

PAULA Seymour estaba ya lista para acudir al Royal Club, como todas las noches. Para darse ánimos, se había servido una copa, porque iba a ser muy duro para ella cantar y bailar aquella noche, cuando su hermano llevaba apenas unas horas muerto.

De pronto, sonó el timbre del apartamento.

Paula dejó la copa en la pequeña mesa del living, se levantó del sofá, y acudió a abrir.

—Hola, Paula —sonrió el detective, y la besó fugazmente en los labios.

—Creí que nos íbamos a ver en el Royal Club.

—Ya no es necesario que actúes esta noche.

—¿No...?

—Sé quién mató a Nick.

—¿De veras?

—El mismo tipo que asesinó a Dorothy Colman. Un tal Lynch. Trabaja para Clark Fleisher, que fue quien lo planeó todo, para que Carrol Hayward, la amante de Francis Colman, pudiera casarse con éste al quedar viudo —explicó Matt.

Paula sintió una alegría inmensa.

—Sabía que Nick no había estrangulado a esa mujer.

—Tenías razón. Tu hermano era inocente.

—¡Oh, Matt, abrázame fuerte!

Barrows lo hizo.

Había entrado ya en el apartamento, pero la puerta seguía abierta.

La cerró con el pie y besó a Paula, largamente.

Después, ella pidió:

—Dame los detalles, Nick.

—Con mucho gusto.

Pasaron al living, se sentaron en el sofá, y Matt le refirió todo a Paula.

—Clark Fleisher y Carrol Hayward han sido detenidos —informó, cuando concluyó—. Ella estaba de acuerdo con el plan de Fleisher.

Paula le acarició el rostro.

—Lynch estuvo a punto de matarte...

—No podía dejar que lo hiciera. Hubiera perdido el premio que me prometiste.

—¿Te refieres a lo de hacer el amor contigo?

—He demostrado que Nick es inocente, ¿no?

—Sí.

—¿Entonces...?

—Cumpliré mi promesa. Porque la hice en serio... y porque me he enamorado de ti como una colegiala.

—Y yo de ti como un adolescente —respondió Matt.

Un segundo después, su boca estaba apretadamente unida a la de Paula Seymour, la chica del Royal Club, que iba a significar mucho en su vida.

FIN

PUNTO

ROJO

intriga...

**PUNTO
ROJO**

ROJO

misterio...

ROJO

suspense...

ROJO

acción...

ROJO



**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**



PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España